

X

La Capital Federal amaneció tormentosa al día siguiente de la tragedia ferroviaria de la Terminal II a pesar de contar con un cielo despejado y un sol radiante, el cual se asomó alrededor de las 5.30, como un típico día de verano, sin lograr que su claridad pudiese controlar la agitación de una Melina que había llegado a su departamento cerca de la medianoche y extenuada, luego de haber acompañado a Helena y Arturo, los padres de Ariel; y de un Darío que se hizo presente en el mismo asistencial horas después que el matrimonio, al que había tenido que darle las malas noticias sobre su hijo.

Apenas arribó al lugar, el arquitecto se ofreció a permanecer allí toda la noche y le sugirió Melina que se retirara a descansar. Pero la mujer estuvo acostada en su cama sin poder pegar un ojo ya que las frases “aplastamiento de cráneo” y “coma profundo” que había escuchado decir al jefe de la guardia en el último parte médico la habían herido como un par de puñaladas por la espalda. Así que al levantarse, se dio una ducha fría para tratar de anestesiar ese dolor y aclarar su mente antes de partir nuevamente hacia hospital con la intención de relevar a los padres de Ariel en la tortuosa espera de novedades sobre el estado de salud de aquel. Sin embargo, el matrimonio no estaba dispuesto a alejarse de su hijo moribundo ni por un instante y con el mismo criterio rechazaron el ofrecimiento de Darío cuando éste les dijo bien temprano que los podía llevar hasta su casa en Trevithick para que comieran algo, se higienizaran y recuperaran energías, y que luego él los pasaría a buscar para traerlos de regreso.

“¡Qué gente cabeza dura!”, se dijo el arquitecto mientras fumaba un cigarrillo en la vereda del hospital y los padres de su mejor amigo seguían sentados en la antesala de la terapia intensiva, que ya había comenzado a contar con la presencia de menos personas, lo

suficiente para liberar algunos asientos y que el tedio no fuese tan incómodo. “Y pensar que ayer estaba tomando sol en la playa, al lado del mar”, continuó Darío, quien caminaba con la cabeza gacha, los pies apenas cubiertos por las sandalias negras que llevaba desde el día anterior y aun despedían arena, y la vista perdida en el suelo de cemento y obstaculizada por el humo que acaba de exhalar.

Por otro lado, en la Terminal II continuaba la intensa búsqueda de Luciano, la única víctima de la tragedia que por esas horas permanecía desaparecida. El resto de los nombres que había aparecido el día anterior en la lista de personas con paradero desconocido finalmente fueron localizados en distintos centros asistenciales, todos ellos sin documentación, algunos en estado de shock y otros inconscientes, por lo que identificarlos llevó un tiempo considerable.

Decenas de policías rastrollaban la estación y, principalmente, el interior de la formación 678, al tiempo que los familiares y amigos de Luciano mantenían su vigilia en el hall central, donde las pizarras electrónicas estaban apagadas ya que no entraba ni salían ningún tren. Estos manifestantes portaban pancartas con la imagen del joven y vociferaban cánticos en reclamo de Justicia. Todo ello, bajo la curiosa mirada de los periodistas, que también seguían apostados allí, separados de los efectivos por un cordón humano de Infantería. Este personal, con sus escudos y cascos procuraba impedir que la gente se interpusiera con el procedimiento y, a la vez, prevenir la ocurrencia de cualquier tipo de incidente violento en el lugar, que no dejaba de ser una escena del crimen que requería imperiosamente ser preservada lo mejor posible para tratar de asegurar el posterior éxito de la investigación y, por ende, el esclarecimiento de los hechos que, por entonces, generaban más dudas que certezas.

“No nos vamos a mover de acá hasta que Luciano aparezca. Nadie puede desaparecer así como así, por lo que les pido a todos, los presentes y los que nos están mirando por televisión, que por favor nos ayuden a encontrarlo”, declaró ante los micrófonos de la prensa la madre del joven buscado.

Según la mujer, en su recorrida por hospitales, con una fotografía reciente de Luciano en mano, se había encontrado con un sobreviviente de la tragedia que le dijo que le parecía haber visto al joven en la terminal, ensangrentado, inconsciente sobre una camilla y con un cuello ortopédico. “Puede ser que esté tan shockeado que no pueda decir su nombre a los médicos”, razonó con lágrimas en sus ojos irritados y su rostro enrojecido.

Por su parte, Pablo, el papá de Luciano, afirmó que él y su esposa desechaban la posibilidad de que su hijo no haya estado a bordo del tren accidentado, tal como había trascendido de parte de algunos supuestos testigos que habían llamado a la familia. En ese sentido, el hombre aclaró que ante esos dichos, él mismo acompañó a los detectives policiales hasta la sala de video de la terminal de la Capital Provincial donde las cámaras de seguridad captaron el momento en el que un joven con similar vestimenta y características físicas abordó la formación 678 por la ventana del cuarto vagón ya que la puerta más cercana estaba trabada por dentro, aparentemente por un carro o bicicleta, y el convoy se disponía a arrancar sin darle suficiente tiempo para buscar otra puerta. Claro que también cabía la posibilidad de que el muchacho se hubiese bajado antes de llegar al final del recorrido pero el padre lo descartó. “Él tenía previsto regresar a su casa, acá, en Capital. Así se lo hizo saber a su madre cuando la llamó desde su teléfono celular antes de emprender el viaje”, indicó Pablo y añadió que en los videos mostraban al joven con una mochila “muy parecida” a la de su hijo.

A raíz de todo ello, el procedimiento policial se centró en el cuarto vagón del tren accidentado, con el apoyo de perros rastreadores y de bomberos, y la inesperada presencia de uno de los dueños de Trenes XXI, Raúl Cirilo, quien no pudo evitar a los periodistas de guardia y debió responder una lluvia de preguntas para enfrentar las críticas recibidas por la firma a raíz de la tragedia. “Nuestro servicio no es perfecto, pero, ¿cuál lo es? Sí puedo asegurar que era aceptable y que nosotros hemos invertido mucho más dinero que otras compañías del ramo ferroviario”, declaró el empresario, quien respondía lo que él quería ya que las preguntas de la prensa eran tantas y superpuestas que resultaba prácticamente imposible distinguir una de otra. “Por eso yo no descartaría que esto se haya debido a un error humano del motorman”, alcanzó a decir antes de que los manifestantes presentes en el lugar comenzaran a gritarle “¡asesino, hijo de puta!” y “¡ladrón!”. Ante esta situación, Cirilo decidió no continuar con las declaraciones y retirarse de allí, para lo cual, debió ser custodiado por los policías que a los empujones apartaron a las personas que pretendían agredirlo.

La hipótesis planteada por el empresario era en la incipiente investigación una de las principales pistas que seguía el juez Benítez, el mismo que tenía a cargo la investigación del caso Pingüinos-La Sureña, y que estaba de turno en el fuero federal cuando ocurrió la tragedia, por lo que el expediente recayó en él. En forma paralela a los que buscaban a Luciano, el magistrado encabezó una inspección ocular en la Terminal II, pero lo hizo del otro lado del cordón policial y alejado de los micrófonos y las cámaras aunque no lo suficiente para que su presencia no fuera advertida por la prensa. Acompañado de un grupo de peritos de la Corte de Justicia y de la Universidad Nacional que iban a ser los encargados de determinar las causas del accidente, el magistrado recorrió la escena del crimen y se retiró del lugar a los pocos minutos con la expectativa de que en las próximas

horas recibiría los primeros resultados del análisis de las comunicaciones entre el comando de operaciones y el maquinista, del GPS de la locomotora y de las imágenes de las cámaras de la máquina y del andén; como así también de los exámenes toxicológicos al *motorman* identificado como Martín Cortés, de 29 años, casado y con dos pequeños hijos, quien había resultado lesionado por “politraumatismos” y permanecía internado en el Hospital Ciudad con custodia policial y en calidad de “aprehendido”.

En ese centro asistencial, Cortés había sido sometido al test de alcoholemia, el cual dio resultado negativo, y por la tarde del martes ya estaba previsto derivarlo a una clínica privada de la Capital donde iba a poder ser atendido bajo el régimen de su obra social.

El maquinista era por el momento el único imputado en una causa caratulada como “estrage” a secas, ya que el juez Benítez aun no había decidido si se trataba de un hecho “doloso”, es decir con intención; o “culposo”, por negligencia o impericia y lo que implicaba una calificación legal más leve y, por ende, castigada con penas excarcelables.

Más allá de las responsabilidades del *motorman*, que tenía cinco años de experiencia y residía en el conurbano, el juez Benítez parecía estar dispuesto a indagar sobre el rol de Trenes XXI, por lo que ordenó a la Policía allanar las oficinas de la empresa, adonde justamente se había dirigido Cirilo luego de abandonar la terminal.

“Procuramos determinar si se trató de un hecho fortuito o de un error humano. También cabe la posibilidad de que se hayan creado las condiciones para que ocurriera esta tragedia a través de episodios que pueden parecer aislados pero que, en su conjunto, pueden haber sido determinantes para que el resultado final”, explicó brevemente a la prensa el propio magistrado en la puerta de su despacho, justo antes de encerrarse en éste, y aclaró

que en adelante la información de la causa se iba a difundir a través de comunicados oficiales que se publicarían en la página web de la Corte.

Sin embargo, apenas recibió los documentos incautados en las oficinas de Trenes XXI y los resultados de los primeros peritajes decidió instaurar el secreto de sumario, por lo que en el corto plazo no volvieron a trascender nuevos datos oficiales.

Melina llegó apurada al hospital y en la vereda, justo a la altura de la puerta de entrada a la recepción, se topó con Darío, quien hablaba por su *smartphone* mientras fumaba, por lo que al final de cada frase sus palabras se ahogaban con el humo. El arquitecto, inquieto, iba de un lado para el otro y cuando su ex esposa se acercó para saludarlo cortó la comunicación.

-Hola -Melina saludó a su ex esposo con un beso en la mejilla al tiempo que él apagó la colilla del cigarrillo contra el suelo con el talón de la suela de su sandalia, la parte más dura de la misma-. ¿Me das uno? -la recién llegada señaló el box de 20 que él sostenía junto al encendedor en una mano, mientras que en la otra tenía el celular.

-¿Cuándo volviste a fumar? -Darío la miró sorprendido aunque sin dudar en pasarle el paquete para que tomara un cigarrillo.

-No sé -Melina tomó uno y lo encendió inmediatamente, tras lo cual exhaló con un fuerte suspiro-. Me han pasado tantas cosas últimamente que mi mente ya no puede recordarlo.

-¡Qué año!, ¿no?

-¡Ufff!

-Y que manera de terminarlo...

-Ni hablar -Melina hizo una pausa y dio una larga pitada-. ¿Alguna novedad?

-No, ninguna. Y vos, ¿pudiste hablar con Milena?

-Sí, anoche la pude localizar y me dijo que va a tratar de venir lo antes posible pero que no sabe cuándo va a poder.

Darío torció la boca con disgusto y permaneció callado. No me esperaba otra reacción de parte de ella, pensó y Melina lo acompañó en silencio porque sabía perfectamente qué estaba pensando.

-Esto es un calvario –retomó el arquitecto luego de la pausa-. Encima los padres de Ariel no se piensan mover de acá, ni siquiera aceptan que los lleve a la casa y los traiga de nuevo. Y eso que yo vivo cerca de donde están ellos y tengo, bah necesito, ir para aquel lado -Darío guardó los cigarrillos en uno de los bolsillos de su bermuda y en el otro el celular. Luego se sacó los anteojos para el sol, los limpió con el borde de su remera de mangas cortas y se los volvió a colocar-. Ahora creo que están desayunando en el bar del hospital.

-¿Vos te quedaste toda la noche con ellos? -preguntó Melina con los brazos cruzados y moviendo repetidamente la punta de su pie cubierto por una chatitas abiertas y negras que combinaban con el tono de su vestido de algodón que le dejaba el cuello y los hombros desnudos y se le ajustaba al cuerpo hasta los tobillos.

-Sí, pero me parece que es al pedo pasársela todo el tiempo acá.

-¿Por qué?

-Por lo que dicen los médicos, este es un caso que viene para largo.

-Bueno, pero a mí me da pena dejarlos solos a los padres de Ari, ya son grandes y no sé si pueden aguantar semejante angustia -Melina miró al arquitecto y este alzó el entrecejo.

-¡Que se yo! -dijo Darío tras un breve paréntesis-. Mi cabeza no para un segundo y ya no sé qué carajos pensar.

-Igual yo.

-Además, estas esperas son ideales para que la picadora de carne funcione a pleno, ¿viste cómo es?

-Tal cual.

-Así estamos: pensando, pensando y pensando.

-Pará de pensar que con este calor insoportable se te va a quemar el cerebro.

-¡Que graciosa! -el arquitecto le dirigió una mirada fulminante a su ex esposa-. El horno no está para bollos, nena.

Melina sonrió con esfuerzo y siguió fumando callada, en tanto que Darío sacó del bolsillo su celular y chequeó si tenía algún mensaje nuevo.

-Lo que me da vueltas y vueltas en la cabeza y no logro entender -retomó el arquitecto- es qué mierda hacía Ariel en ese tren.

-Se iba a encontrar conmigo.

-¿Por eso estabas vos en la terminal al momento del accidente?

-Claro.

-Pero yo creía que él ya se había traído todas sus cosas del departamento de Mile...

La mujer lo miró sorprendida y arrojó la colilla a la calle donde el tránsito era un caos ya que los móviles de los periodistas seguían estacionados junto a ambos cordones de la avenida y así la calzada quedaba reducida.

-¿Qué otro motivo podía tener para venir hasta la Capital? Si en la Facultad ya estaba de vacaciones de la Facultad...

-Dari... -lo interrumpió ella con cierta vergüenza que le debilitaba el tono de voz-, ¿estás hablando en serio o te hacés el boludo?

-Claro que estoy hablando en serio, ¿por qué me preguntás eso?

Melina bajó la vista por unos instantes y apoyó su mano en la frente. Meneó la cabeza ligeramente y, después de morderse los labios, volvió a mirar hacia adelante y se topó con los ojos de su ex esposo que la amenazaban como flechas filosas a punto de salir disparadas desde un rostro tenso como la cuerda de un arco.

-Pensé... -a la mujer se le hizo un nudo en la garganta y carraspeó para tratar de liberarla- que Ariel te había hablado de nosotros.

-¿De qué exactamente?

-Bueno... -la voz de Melina se llenó de dudas y temores- él me dijo que había hablado con vos del tema y que no te opusiste.

-¿Me estás diciendo que él y vos están juntos, tipo pareja? ¿Eso me estás diciendo o yo entendí mal? -Darío subió el volumen de su voz hasta casi pegar un grito, sin importarle generar una escena desubicada en un ambiente de duelo.

-Dari, no te alteres. Porque no es tan así.

-¡Qué caraduras, por Dios! -el arquitecto colocó ambos brazos en jarra a la altura de su cintura y dio media vuelta dándole la espalda a su ex esposa.

-Por favor, Dari, calmate -Melina intentó posar su mano en la espalda de él pero Darío se alejó aun más de ella, tras lo cual se volvió para quedar nuevamente cara a cara pero a mayor distancia.

-¡No lo puedo creer! -el arquitecto largo una carcajada nerviosa-. Él me dijo que tenía algo importante que hablar conmigo justo antes de que me fuera de viaje pero jamás me imaginé que era esto. ¡Jamás!

-Dari, baja la voz.

-No, no, no. Vos no tenés ningún derecho de decirme qué es lo que tengo que hacer.

Así que si quiero gritar, grito, ¿sí?

-Está bien, está bien.

-Es increíble -Darío caminaba en círculos sobre una baldosa, como un trompo-. Siempre supe que ustedes dos se llevaban bien pero nunca pensé que iban a llegar a tanto, Meli. Seguro que le calentaste la pava, como hacés con todos los tipos que te gustan, y le quemaste la cabeza.

-¿Por qué te la agarrás conmigo?! -ahora era Melina la que levantó el tono de voz- ¡Sos un loco de mierda! No sé que carajo te pasa, pero con vos definitivamente no se puede hablar.

-Igualmente, no te preocupes por eso, porque esta va a ser la última charla que vamos a tener vos y yo -Darío comenzó a caminar alejándose de la entrada del hospital.

-¿A dónde vas?

-Me voy a casa a darme un baño, comer algo y tratar de dormir aprovechando que estás vos acá para acompañar a los padres de Ariel.

-No te vayas así.

-Basta, Meli -Darío detuvo su marcha y se volvió bruscamente hacia ella, quien había dado unos pasos procurando acercársele-. Decile a Arturo y a Helena que cualquier cosa que necesiten me llamen inmediatamente y yo vengo cuanto antes.

-Yo te llamo, quedate tranquilo.

-No, nena. ¿No entendés que no quiero volver a hablar con vos nunca más? Para mí dejaste de existir -sentenció Darío, quien dio media vuelta y cruzó la avenida rumbo al estacionamiento donde había dejado su camioneta, aun cargada con su equipaje.

Y una vez que perdió de vista a Darío, Melina estalló en un llanto desconsolado como nunca antes en su vida, aunque esto no llamó la atención de las demás personas presentes a su alrededor ya que en los últimos dos días si algo había sobrado en ese lugar fueron las lágrimas de dolor.

Minutos después de la intempestiva partida del arquitecto, Melina caminó hasta la esquina del hospital y compró un paquete de cigarrillos en el quiosco. Se fumó uno de a una seca tras otra y una vez que hubo acabado, entró al centro asistencial y se dirigió al sector del bar, en busca de los padres de Ariel. Sus ojos aun vidriosos e irritados distinguieron la pequeña figura encorvada de Helena junto a una mesa del fondo, ubicada contra un ventanal con vista al jardín de invierno del pulmón del edificio. A su lado, la silla de Arturo estaba vacía. Probablemente haya ido al baño, evaluó Melina, quien recordaba que el jubilado sufría problemas de próstata desde hacía ya un largo tiempo.

-Hola, nena -dijo Helena apenas Melina se sentó a su lado dejando libre el asiento de Arturo, enfrente suyo-. ¿Querés tomar algo?

Melina mantuvo la boca cerrada y negó con la cabeza. Luego respiró hondo, bajó la mirada, tomó una servilleta de papel y comenzó a hacerla trizas con sus manos temblorosas.

-Ey, nena -Helena posó sus arrugadas manos en las de la recién llegada que reaccionó levantando la vista-. No estés así de angustiada. Tengamos fe en que se va a curar, ¿sí?

-Dios te oiga, Helena -Melina miraba ahora a través del ventanal.

-Hay que creer que sí lo va a hacer, querida. No queda otra. ¿Vos sos creyente?

-No mucho.

-Yo sí, ¿y sabés que creo también? -Helena hizo una pausa y Melina volvió a verla a la cara- Que hay algo más que te está desgarrando por dentro y que no lo estás dejando salir...

-La verdad es que siento tantas cosas juntas últimamente que no puedo distinguir una de la otra.

-Querida, si no lo sacás, te va a terminar consumiendo. Créeme.

¿Por qué hay asuntos sumamente importantes que no son del conocimiento de las personas que sí necesitan saberlo y viceversa? Así ocurren los malos entendidos, pensó Melina, quien apilaba los trozos de papel de la servilleta en el centro de la mesa.

-¿Qué quiere que le diga, Helena? -retomó la mujer.

-No quiero que me digas nada, sólo me gustaría, por tu bien, que dejes de sentirte culpable por lo ocurrido con Ariel porque fue un accidente.

-Lo sé, Helena -Melina no pudo contenerse y volvió a llorar-. Pero no puedo dejar de pensar que si yo no le hubiese dado tantas vueltas al asunto, como siempre lo hago con todo, o le hubiera dicho que no desde un inicio, Ariel no se hubiera subido a ese tren de mierda.

-No le dijiste que no porque en el fondo no deseabas hacerlo, querida, y eso no tiene nada de malo- Helena pasó su brazo por la espalda de Melina tratando de consolarla y así permanecieron las dos mujeres hasta que Arturo regresó del baño y al ver a la recién llegada la besó en la frente, tras lo cual, se sentó frente a ella, como un espectador, procurando no interferir en el diálogo entre ambas.

-Encima de la culpa por lo de Ariel -dijo Melina al recobrar la voz-, ahora también siento que traicioné a Darío, lo cual debería ser ridículo porque ya no somos pareja y él me engañó primero y varias veces, aunque él crea que yo nunca me enteré.

-No te preocupes por él. Es una persona muy complicada –Helena procuró calmarla con su voz suave y cansina-. ¿O no Arturo? -la mujer miró a su esposo quien entrecerró los ojos y asintió en silencio.

-Dígamelo a mí, que estuve con él doce años.

-A ver... -continuó la anciana- Darío tiene un buen corazón. Su problema es que tiene un mal carácter, como su padre. Y ese carácter es justamente lo que le nubla la vista y lo lleva a cometer errores de los cuales después se arrepiente.

-¿Siempre fue así?

-Sí, sí. De chiquito era igual. Se enojaba con facilidad por cualquier cosa y vivía discutiendo y peleando. Siempre tuvo un temperamento muy fuerte.

-¡Qué jodido!

-Uh, ¡bravísimo!

-De todos modos, creo que la cuestión de fondo pasa porque él no me perdona que lo haya dejado y que, encima, lo haya hecho sin darle un hijo antes.

-Es probable, querida. Por eso hizo ese plan raro con esa chica amiga suya.

-¿Mariana?

-Sí, esa –afirmó Helena-. Yo ya le dije a Ariel que su amigo se estaba equivocando con eso.

-Pero, ¿de qué plan habla, Helena? Ari no me contó nada....

Helena miró nuevamente a su esposo y éste le devolvió un reproche con el entrecejo fruncido y una mirada penetrante.

-Ahora contale, Helena -dijo Arturo.

-Bueno -la madre de Ariel carraspeó preparándose para continuar su relato mientras Melina la miraba expectante-. Resulta que Darío acordó con Mariana que van a tener un hijo juntos.

-¡¿Qué?! -la sorpresa fue como una ráfaga de viento que hizo que Melina se inclinase hacia atrás pero que no alcanzó a secar las lágrimas de sus ojos- ¿Acaso ahora son pareja?

-No. No. Según Ariel, lo hacen porque ninguno de los dos tiene una pareja formada y ambos quieren ser padres antes de tener cuarenta años, y como se conocen y se llevan bien por ser amigos desde hace muchos años....

-Creo que le dicen co paternidad, ¿no? -intervino Arturo- Parece ser una nueva tendencia.

-Mire usted qué moderno resultaron ser estos dos -Melina no salía de su asombro.

-Según Ariel...

-No, Helena -Melina interrumpió a la mujer con un gesto con la palma de su mano hacia adelante-. No quiero saber más nada. Por mí es suficiente.

-Está bien, querida. No te preocupes porque no es tu problema.

-Tal cual. Mi problema ahora es Ariel.

Tras un breve silencio, Helena le pidió permiso para levantarse e ir al baño, por lo que Melina se puso de pie y se hizo a un lado para dejar pasar a la mujer. Y una vez que esta se perdió por el pasillo que conducía a los toillettes se volvió a sentar, pero en esta ocasión lo hizo al lado de Arturo, quien se había acomodado contra el ventanal.

-¿Sabés una cosa? -dijo el jubilado apartando por un momento sus ojos del vidrio- Siempre te consideré la mujer ideal para mi hijo. Desde que te conocí.

-¿En serio?

-Absolutamente. Y se lo he dicho en más de una oportunidad a Helena, quien piensa igual que yo.

-¿Y Ariel?

-Nunca se lo dije porque él se dio cuenta de lo mismo más rápido que yo.

Melina sonrió con esfuerzo y luego apoyó su cabeza en el hombro del anciano que comenzó a acariciarle el pelo con suavidad, como si quisiera que la joven se durmiera para luego despertar creyendo que toda aquella tragedia no había sido más que una pesadilla.

Por su parte, Melina cerró sus ojos irritados y desaceleró su respiración, como si al fin hubiese encontrado un momento para descansar y relajarse. Y enseguida la envolvió una somnolencia que le resultó una bendición.

“Siempre creí que las mujeres a las que les gusta que le toquen el pelo son las que más valen la pena”, susurró Arturo, quien supo repetirle a su hijo Ariel, cuando éste era un adolescente que comenzaba a relacionarse con el sexo opuesto, que desconfiara de las intenciones de una mujer que no se dejaba acariciar la melena. Según el jubilado, uno de los grandes placeres en la vida de un hombre de bien es tener una mujer que se duerma en sus brazos de tanto disfrutar que le toquen el pelo. De hecho, Helena era una fanática de dicho mimo y se había pasado casi toda la madrugada en la sala de espera de la terapia intensiva pidiéndole a su esposo que no dejara de acariciarle la cabellera para poder calmarse y, tal vez, pegar un ojo, aunque sea por unos minutos.

Y cuando Helena regresó del baño hasta la mesa del bar del hospital observó a Melina recostada sobre Arturo y curvó ligeramente la boca, aliviada, a lo que su esposo le devolvió una risita. Mientras que Melina, al advertir la llegada de la madre de Ariel se irguió, un poco avergonzada.

-Quedate, quedate -le dijo Helena al ver que Melina se ponía de pie para darle su asiento y ella ubicarse sola, del otro lado de la mesa.

-No, por favor -la joven le cedió rápidamente el asiento-. Un minuto más así y me quedo dormida.

-¿Viste? Don Arturo es un encantador -bromeó Helena al tiempo que se ubicó junto a su marido y le dio un beso corto y seco en la boca.

-¿Cómo hacen para mantener este espíritu en semejante momento? -preguntó Melina una vez que se colocó en su nueva ubicación, a lo que los padres de Ariel, que permanecían abrazados, se encogieron de hombros.

Entonces, a Melina le resultó evidente que a pesar del estado en que se encontraba Ariel, para Arturo y Helena su hijo seguía iluminando su mundo violento y lo haría por siempre porque ese tipo de luz, una vez que nace no se apaga jamás, siquiera con la muerte, por más solitaria y perdida que se vea en ocasiones.

Mientras que en el Hospital Central no se producían novedades significativas sobre la evolución del estado de salud de Ariel, quien según el parte médico del mediodía seguía siendo un paciente con riesgo de vida, en la Terminal II continuaba el operativo de búsqueda de Luciano, cuyos padres habían estado hasta el mediodía en dicha estación encabezando junto a familiares y amigos una nueva y ruidosa protesta para reclamar por la aparición del muchacho su hijo, luego de la cual se retiraron por unas horas para continuar la búsqueda por otros puntos de la ciudad y el conurbano, aunque finalmente regresaron alrededor de las 17 tras recibir un llamado telefónico urgente proveniente del Ministerio de Seguridad de la Nación.

En esa breve y misteriosa comunicación, la madre de Luciano preguntó con insistencia si había alguna noticia pero del otro lado de la línea un encargado del área de Prensa le respondió que no estaba autorizado a brindarle mayor información y que debía ir cuanto antes a la terminal para conocer más detalles de la situación.

Al arribar al hall de la estación, en la que un nutrido grupo de manifestantes continuaba con la protesta, Mirta y Alberto fueron recibidos por el comisario Daniel Salas, uno de los jefes de Bomberos de la Policía a cargo del operativo y que los condujo inmediatamente hacia el otro lado del cordón humano levantado por el personal de Infantería dispuesto allí para evitar incidentes y también facilitar el trabajo de los buscadores y peritos que iban y venían por el andén donde había quedado la formación 678, a escasos 10 metros de la hilera de molinetes que permitían el ingreso de los pasajeros a las plataformas, ahora vacías ya que todos los demás trenes de la línea diesel, no la eléctrica, habían sido guardados en los talleres a la espera de nuevas directivas.

El comisario Salas les comunicó al matrimonio que durante la tarde habían encontrado en los hierros retorcidos entre el tercer y cuarto vagón una mochila como la de Luciano y que en el interior de la misma había un cuaderno universitario a nombre de él, por lo que todo indicaba que el muchacho había llegado a la terminal y no se había bajado antes del tren.

-Es una hipótesis menos y esto reduce las posibilidades de hallarlo con vida -explicó el jefe del operativo con el mayor tacto que le fuera posible.

-¿Esto quiere decir que mi hijo está muerto adentro del tren? -preguntó Mirta con la voz a punto de quebrarse.

-Todo indica que sí, señora. Lo lamento –respondió el comisario Salas-. Por eso necesitamos que los dos se queden aquí porque estamos buscando en un lugar muy puntual de la formación y podríamos tener novedades en cualquier momento.

Alberto asintió en silencio mientras abrazaba a su esposa, quien no pudo contener las lágrimas. Ambos sabían que era altamente probable que su hijo haya muerto en la tragedia pero la tan prolongada demora en encontrar su cuerpo les había dado una pequeña esperanza y se aferraban a ella, incluso, a minutos de enfrentar un desenlace inexorablemente fatal.

En momentos en que procuraba contener a los padres de Luciano, el jefe del operativo recibió un alerta a su equipo de radio portátil que lo convocaba de inmediato al sector circunscripto por los restos del tercer y cuarto vagón. “Vuelvo enseguida”, les dijo a Mirta y Alberto, quienes permanecieron prudentemente alejados en el inicio del andén, a la altura de la locomotora y junto al personal del gabinete psicológico de la Policía, el cual se encargaba de asistir a los familiares de víctimas no sólo de tragedias como ésta sino de todo tipo de muertes violentas.

Los rescatistas permanecían agrupados al lado del fuelle que separaba lo que quedaba de ambos vagones y sus rostros lo decían todo: acababan de encontrar el cadáver de Luciano. Según le informaron al comisario Salas, ahora acompañado por el encargado de prensa no autorizado a dar información a los familiares de víctimas ni mucho menos a los periodistas por lo que su trabajo estaba reducido a la inutilidad absoluta, el cuerpo se hallaba aplastado en un espacio que no superaba los 30 centímetros de espesor, cuando antes del choque ese lugar medía casi dos metros.

La orden del jefe del operativo fue que los bomberos comenzaran de inmediato el rescate del cadáver con herramientas hidráulicas que permitiesen retirarlo de entre los

hierros, tarea que demandaría unas dos horas, en tanto que él se encargó de darles la mala noticia a los padres de Luciano. “Estamos seguros que es él, por las características fisonómicas y de vestimenta, además de que estaba muy cerca de donde se halló su mochila. Pero necesitamos que ahora se dirijan a la morgue para poder realizar el reconocimiento formal de sus restos”, indicó a Mirta y Alberto, quienes continuaron un largo rato abrazados, llorando desconsoladamente en el andén, al tiempo que del otro lado del cordón policial los manifestantes alcanzaban a verlos pero sin la seguridad de que el peor final imaginado se había convertido en realidad.

Alrededor de las 19.30, los rescatistas lograron retirar el cuerpo de Luciano en una ambulancia del SEM, por lo que los padres de joven también abandonaron la terminal por la salida trasera y sin hacer declaraciones, y fueron trasladados en un móvil policial directamente hasta la morgue.

Las casi certezas suelen ser peores que la incertidumbre total, por lo que los manifestantes que permanecieron en el hall de la terminal, entre los que ya se habían mezclado pasajeros furiosos y que no tenían ningún tipo de vínculo con Luciano, comenzaron a vivir una pesadilla. La escalada de tensión fue inmediata y comenzaron los incidentes cuando un reducido grupo de jóvenes con sus rostros cubiertos arrojó piedras y otros elementos contundentes contra los efectivos de Infantería y estos trataron de dispersarlos con gases lacrimógenos y chorros de agua disparados por las mangueras de los camiones hidrantes allí apostados.

Se produjeron empujones, corridas e insultos, hubo personas heridas, tantos civiles como policías, y detenidos. “¡Inútiles! ¡¿Cómo tardaron casi dos días en encontrarlo?! ¡¿Y Rapazzo dónde carajos está?! ¡Que de la cara ese hijo de puta!” fue el alarido de uno de los manifestantes que intentaba mantenerse al margen de las agresiones físicas, al tiempo que

unos pocos buscaban alguna forma de calmar a los más exaltados (que no conformes con agredir al personal también destruyeron casi todo el mobiliario del hall) y la gran mayoría se retiraba del lugar en pánico y envuelta en la incipiente oscuridad de una noche que recién estaba posándose sobre la ciudad.

Por su parte, el comisario Salas habló en *off the record* con algunos periodistas para aclarar que no había existido una búsqueda negligente ya que el lugar donde se halló el cuerpo era prácticamente invisible. “Hasta el propio juez estuvo allí y no vio nada sospechoso”, les explicó y agregó que fueron los fuertes olores nauseabundos los que orientaron a los rescatistas y a los canes rastreadores.

Alejados de los incidentes, los cuales continuaron en los alrededores de la terminal donde varios comercios fueron saqueados y destruidos, los padres de Luciano reconocieron el cuerpo de su hijo en la morgue judicial. En realidad, Mirta no se atrevió a entrar a la sala refrigerada donde se depositaban los cadáveres, por lo que fue Alberto el que cumplió con aquel doloroso trámite. Allí, los forenses le explicaron que si bien restaba realizar la autopsia, todo indicaba que el joven había muerto en el acto, por lo que no había sufrido agonía. Pero esto no resultó de demasiado consuelo para el matrimonio que decidió retirarse a su domicilio a la espera de que los volviesen a llamar para entregarles el cuerpo la mañana siguiente y así poder brindarle cristiana sepultura, tal como ellos deseaban.

Luego de reconocimiento formal, el Ministerio de Seguridad de la Nación finalmente difundió un comunicado de prensa en el que confirmó el hallazgo del cuerpo de Luciano. “Siguiendo con todas las directivas emanadas por el juzgado interviniente se encontró un cadáver en el interior de la cabina de conducción del motorman del cuarto vagón, un lugar vedado a los pasajeros, que estaba en desuso y sin comunicación con el interior del mismo por hallarse las puertas clausuradas. Este reducto había sido totalmente

deformado por el impacto entre el tercero y cuarto coche que produjo la incrustación de unos sesenta centímetros de uno en el otro”, indicó el informe oficial.

“Se constató que en el espacio comprendido entre el tablero de maniobras y la pared que había sido achatada por el impacto se encontraba sobre el suelo, y debajo del primero, el cuerpo sin vida de un hombre joven luego identificado como Luciano Reyes”, añadió el escueto comunicado que arribó a las redacciones periodísticas cerca de la medianoche.

Casi a la misma hora, el maquinista Cortés, que todavía no había recibido el alta médica por lo que continuaba internado, fue excarcelado por orden del juez Benítez, quien esa misma noche dispuso una batería de medidas, entre ellas, citar a declarar como testigos a los delegados sindicales que denunciaban públicamente la falta de mantenimiento en las formaciones y requerir informes al Estado Nacional sobre los millonarios contratos con Trenes XXI.

Y más allá de que todavía debía tomar declaración indagatoria al *motorman*, el magistrado evidentemente confirmaba su postura de apuntar hacia las responsabilidades de los empresarios y funcionarios. Quizás, por una vez, el hilo no se iba a cortar por lo más delgado, aunque la investigación recién comenzaba.

XI

¿Dónde estaba el ministro Rapazzo? ¿En qué había quedado su “revolución ferroviaria”? Lejos de las cámaras y los micrófonos, el encargado de la cartera de Transporte pasaba casi todo el día encerrado en su oficina recibiendo órdenes directas desde Presidencia, una de las cuales se puso en marcha la mañana siguiente al hallazgo del cuerpo de Luciano, cuando el ministro, en contra de su propia voluntad, dispuso que volvieran a circular en sus horarios habituales todos los trenes diesel de la línea Sur. Para entonces, la formación 678 acababa de ser retirada del andén de la Terminal II mediante el empleo de unas gigantescas grúas y luego depositada durante la madrugada en un playón judicial donde iban a continuar los peritajes ordenados por el juez Benítez.

Evidentemente, el gobierno nacional procuraba volver cuanto antes a la “normalidad”; sin embargo, en los primeros viajes, los trenes tuvieron muchos menos pasajeros que lo acostumbrado y la sensación que seguía flotando en la espesura del aire era que nadie sabía cuánto tiempo más iba a poder funcionar la línea en esas condiciones.

Desde Presidencia pretendían que Rapazzo fuese el único responsable político de la tragedia, es decir, la parte más delgada del hilo que se iba a cortar o, mejor dicho, que ya se había cortado; por lo que los demás funcionarios de la plana mayor del Poder Ejecutivo miraban para otro lado, en especial, cuando la lupa de la Justicia, y también de algunos medios críticos, intentaba posarse sobre el antecesor del ministro, Roberto Juárez, por haber sido quien acordó la concesión a Trenes XXI del mantenimiento y la reparación del material rodante de la línea Sur cuando ésta se volvió a estatizar.

Juárez había dejado su cargo en el área de Transporte cuando la Justicia Federal lo comenzó a investigar por “dádivas” junto a otros de los dueños de Trenes XXI, Sebastián

Cirilo, hermano de Raúl. Pero como esta causa recayó en un magistrado “amigo” no avanzó demasiado. Pero ahora, a raíz de la tragedia de la Terminal II, el juez Benítez solicitó que le transfirieran ese expediente para unificarlo con el suyo.

Según la investigación, las dádivas habían consistido en la admisión de diversos viajes aéreos a países en el extranjero y al interior del país para Juárez y su entorno de parte de distintos empresarios que se hicieron cargo de los altos costos de los mismos, entre ellos, los hermanos Cirilo y los dueños de otras firmas que, al igual que Trenes XXI, habían sido contratadas por el Ministerio de Transporte y, por ende, resultaron ampliamente beneficiadas con los jugosos subsidios del Estado Nacional.

Sin embargo, esta causa judicial había quedado fuera del foco de la atención pública debido a otros casos de corrupción que involucraban a otros funcionarios gubernamentales, por lo que prácticamente pasó desapercibido el hecho de que el propio Juárez primero se declaró inocente y luego terminó admitiendo los hechos y se comprometió a devolver el dinero por el valor de las dádivas recibidas para evitar ser sometido a un juicio oral y público, donde toda la maniobra habría quedado expuesta ante los ojos de la comunidad entera. Y así, por primera vez en 12 años, un miembro del gabinete admitió su culpabilidad en un caso de corrupción, a pesar de lo cual, la noticia quedó eclipsada justamente por la tragedia ferroviaria.

De acuerdo al propio Juárez, la primera dádiva consistió en un viaje se llevó a cabo en septiembre de 2006, que tuvo como destino la ciudad brasileña de Río de Janeiro, una duración de dos días y un costo de 10 mil pesos por el alquiler de un *jet* privado de una firma que estaba interesada en explorar algún tipo de relación comercial, desde el servicio aeronáutico ocasional y/o regular, hasta la eventual adquisición de dicha aeronave. De este viaje, que sirvió de demostración, formaron parte Juárez, su jefa de asesores, el ministro de

Planeamiento y Obras Públicas de la Ciudad y Sebastián Cirilo, entre otros directivos de Trenes XXI. Por su parte, este último no regresó junto al resto de grupo porque decidió tomarse unas vacaciones en las playas cariocas.

Juárez era oriundo del norte del país, donde residía gran parte de su familia, razón por la cual, en ese mismo mes de 2006 viajó hasta allí un sábado para asistir a la fiesta de 15 de una sobrina suya y regresó al día siguiente, también mediante un avión privado alquilado a la misma empresa vinculada a la familia Cirilo a través de la distribución de acciones. Y en este viaje relámpago, el funcionario estuvo acompañado de su novia, sus dos hijas, su ex esposa y madre de las chicas, y la actual pareja de ésta.

De acuerdo a los cálculos realizados por los investigadores judiciales en base a las facturas emitidas, entre septiembre de 2006 y enero de 2007, los costos de dichos vuelos de favor alcanzaron los 55 mil pesos.

Los hermanos Cirilo eran accionistas mayoritarios de varias empresas del rubro ferroviario y del transporte, y las utilizaron a casi todas para distribuir la facturación de estos viajes por montos no tan altos y así no despertar tantas sospechas en el fisco. Por ejemplo, un de ellas, por un vuelo de ida y vuelta a Brasil por tres días fue de 72 mil pesos, y otro de un día al mismo destino fue de 44 mil.

Mientras que en 2008 hubo un viaje a Uruguay a bordo de un *jet* propiedad de dos ex militares que tres años más tarde, en esa misma aeronave, serían detenidos en España con un cargamento oculto de 950 kilos de cocaína a bordo.

Con el correr de los meses, creyendo que nunca iban a ser descubiertos, los miembros de esta maniobra se relajaron y hasta abonaron vuelos por la línea de bandera, los cuales abonaron con cheques de hasta 60 mil pesos.

En 2009, Juárez siguió viajando en aviones privados sin pagar un sólo centavo de su bolsillo, lo que probablemente haya sido una de las razones por las que se convirtió en uno de los funcionarios con mayor crecimiento de su patrimonio ya que, según sus declaraciones juradas de bienes personales, pasó de tener 250 mil pesos al asumir su cargo y terminó contando con más de 6 millones, incluyendo 15 autos, seis casas, dos hoteles y hasta un yate de lujo.

Más allá de las especulaciones, lo cierto es que aquel año, el ministro se fue de vacaciones con su novia y sus dos hijas a las playas de Florianópolis, y lo hizo gratis cuando a cualquier persona decente ese viaje le habría costado unos 90 mil pesos, aproximadamente. En abril volvió a viajar a su provincia natal por 15 mil y en septiembre nuevamente a Brasil, con su secretario y otros empleados de su cartera, por casi 100 mil. Todo ello gracias a sus empresarios “amigos” con los que seguía celebrando contratos millonarios.

Además, estos viajes no contaron con autorización oficial alguna y se produjeron en fechas coincidentes con fines de semana, por lo que todo se resumía a que las razones de los mismos fueron estrictamente personales y ajenas a sus funciones como ministro. Entonces, ¿por qué no los abonó con su propio dinero?

Así fue que entre junio y septiembre de 2009, Juárez viajó nuevamente a su provincia y a las Cataratas del Iguazú, su último destino, ya que al mes siguiente, la diputada Sandfer, la misma que luego impulsaría el caso Pingüinos-La Sureña, lo denunció ante la Justicia y así se inició la causa por dádivas. Para entonces, el ministro ya se había ahorrado 1,2 millones de pesos, cifra que finalmente ofreció devolver y que apenas representaba la quinta parte de su patrimonio.

Muchos ciudadanos que se resignaban con tener funcionarios que robaban pero hacían podrían haberlo perdonado, pero cuando Juárez dejó su cargo en 2011, la prestación ferroviaria seguía siendo deficiente, por lo que su gestión podía considerársela, sin vueltas, como un rotundo fracaso. Por ejemplo, la mitad de las vías por las que circulaban los trenes de la región metropolitana se encontraban en estado malo o regular y en cuanto a la línea Sur el porcentaje aumentaba a 75, la peor de todas las de la red. Al parecer, la inversión desde 2003 a esa fecha había apuntado únicamente a tratar de mejorar el material rodante, lo que sólo mejoró el confort pero nunca redujo el tiempo de viaje ni la frecuencia debido a que nada cambió en cuanto a la infraestructura.

Respecto de la seguridad, había 800 pasos a nivel, de los cuales solo 350 tenían barreras automáticas y el resto se distribuían entre los que contaban con las barreras manuales accionadas por un operario, los que tenían señal luminosa y los que sólo poseían la denominada “Cruz de San Andrés”.

En resumen, en ocho años de gestión, sólo el 1% de la inversión pública destinada al transporte recayó en el sistema ferroviario en detrimento de la catarsis de anuncios sobre obras que se iban a realizar pero nunca se terminaron, incluso, la mayoría de ellas ni siquiera se iniciaron.

Recién en 2013, ya con dos años de Rapazzo como nuevo ministro, el estado de las vías pasó a un 64% bueno o muy bueno pero no resultó suficiente ya que cuando ocurrió la tragedia había vuelto a caer al 48%. Esto se debió, en gran medida, a que la inversión ferroviaria había crecido al 35%, aunque el 65% se lo siguió llevando la infraestructura vial.

En ese sentido, el año anterior al choque de la formación 678 se invirtieron 13 millones de pesos en trenes, el 65% en material rodante, el 30% en vías y obras y el 5% en

señalización. Y entre las principales obras encaradas estuvieron los pasos bajo a nivel, que llegaron a 185 en toda el área metropolitana. Una vez finalizados, estos túneles descongestionaban también el tránsito en las localidades más pobladas, aunque demandaban tanto tiempo de construcción que, paradójicamente, generaban una gran cantidad de trastornos para circular durante el largo proceso de su puesta en marcha.

La clave parecía radicar en no improvisar y planificar de antemano con la máxima precisión posible, una política poco frecuente en los 200 años de historia del país. Esta era una de las principales diferencias con el Primer Mundo que se sumaba a la cruda realidad de que a pesar de producir un considerable aumento de las inversiones, el nivel nacional era del 2% del PBI (una cifra coincidente con la media de América Latina), cuando los países desarrollados destinaban hasta el 9% de su producto bruto interno.

A diferencia de la guardia médica del Hospital Ciudad, la guardia periodística frente a dicho centro asistencial había disminuido tanto en cantidad como así también en intensidad. Es que la mayoría de los móviles de prensa estaba abocada ese día a cubrir los acontecimientos que rodeaban la muerte del joven Luciano, los cuales se producían lejos de allí, en el conurbano, donde la víctima había residido junto a su familia que ahora lo despedida junto a sus amigos, compañeros de estudio y vecinos en un proceso de duelo que había comenzado con el hallazgo del cuerpo (o tal vez antes, cuando pasaban las horas desde la tragedia ferroviaria y no lo podían encontrar por ningún lado) pero que no se sabía en qué momento iba a finalizar dado que el grado de dolor en el que estaban sumidos los deudos indicaban que podrían pasar muchos años así.

Milena vestía una remera blanca y un short de lino que a pesar de ser negro no alcanzaba a reducir visualmente la anchura de sus caderas, a pesar de lo cual, su *look* se

compensaba gracias a unas sandalias con plataforma doradas que estilizaban sus voluminosas piernas tan bronceadas como su rostro, que se veía despejado ya que llevaba su pelo atado hacia atrás con una cola. La mujer caminaba por la vereda del hospital, la cual estaba bastante más liberada que en los últimos días, al igual que la avenida, por donde los vehículos transitaban con mayor fluidez. Sin embargo, el movimiento seguía siendo intenso debido a las fiestas de Año Nuevo, lo que siempre activaba a las personas al punto de generar preocupantes picos de estrés. Por ello es que a simple vista se podía advertir el paso presuroso pero no tan descontrolado de gente vestida informalmente, como recién salida de la pileta o de una playa de arena y mar, más preocupada por realizar compras y consumir, que de frenéticos ciudadanos ocupados en sus habituales tareas laborales. Claro que muchos ya habían comenzado sus vacaciones, muy merecidas después de un año agitado, quizás no como el de Mile, quien, tal como lo había hecho previamente Darío, debió regresar imprevistamente de su viaje de descanso tras recibir un llamado urgente de Melina que le avisó lo ocurrido con Ariel.

En esa comunicación que mantuvieron ambas mujeres, Meli había actuado con mayor precaución para evitar cortocircuitos como los que tuvo cuando habló por primera vez del hecho con su ex esposo, por lo que con Mile fue breve y le dio pocos detalles, los mínimos indispensables.

Milena se detuvo cerca de la esquina del hospital, frente al puesto de diarios. En una mano sostenía la botella plástica con agua saborizada de la cual bebía ruidosamente con un sorbete y en la otra sostenía su *smartphone* pegado a su oreja derecha y a través del cual escuchaba como el hijo del amigo de su padre le preguntaba una y otra vez cuando iba a regresar. La mujer miró de reojo las tapas de las revistas de espectáculos repletas de ¿noticias? banales y luego, cansada y aburrida, giró sobre sus pasos e hizo foco en la puerta

del centro asistencial, de donde vio salir raudamente a Melina. Entonces, levantó su mano liberada, la izquierda, para saludar a su amiga pero esta ni siquiera la miró. “Esta boluda no sabe donde estoy”, murmuró, a lo que del otro lado de la línea le preguntaron de qué estaba hablando. “Nada, nada. No es con vos. Ahora me tengo que ir, así que después te llamo. Beso. Chau”, respondió Milena y cortó la comunicación.

Instantes después comenzó a caminar hacia la entrada del centro asistencial, donde Melina acababa de descender las escalinatas casi al trote y en dirección a la ubicación de Darío, quien se encontraba de pie junto al cordón de la vereda con un cigarrillo en la mano y la mirada perdida en el asfalto. Eran casi 40 metros los que la separaban de Meli y Dari; sin embargo, Milena alcanzó a ver perfectamente como el mejor amigo de Ariel rechazó el saludo de despedida de su ex esposa dándole prácticamente vuelta la cara y moviéndose unos pasos hacia un costado para alejarse de ella, quien agachó la cabeza y abandonó el lugar rápidamente y sin pronunciar una palabra. ¡Estos dos siempre igual, eh!, pensó Mile mientras se acercaba a Darío, quien al verla no evidenció sorpresa alguna, como si ya se hubiese percatado antes de la presencia próxima de la mujer.

-¿No te parece que ya es hora de dejar de lado el resentimiento? –preguntó retóricamente Milena apenas quedó de pie frente al arquitecto- Digo, ya pasó bastante tiempo desde la separación.

-¡¿De qué estás hablando?! –Darío junto la yema de los dedos de su mano derecha y agitó el puño.

-Dari, no puede ser que sigas enojado con Meli porque ella decidió separarse.

-¡Uy, nena! Vos sí que vivís en tu mundo... -el arquitecto meneó la cabeza-. Lo de la separación ya es un tema superado, no tiene nada que ver con lo que está pasando ahora entre ella y yo.

-¿Entonces a qué se debe esa mala onda? Porque te acabo de ver como le diste vuelta la cara cuando ella te fue a saludar –Milena guardó su *smartphone* en la cartera, de la que sacó unas gafas para el sol y se las colocó porque la luz le daba de lleno en el rostro tostado.

-Evidentemente a vos también te dejaron afuera del tema –Darío dibujo una sonrisa nerviosa y encendió otro cigarrillo.

-¿Cuál tema?

-¿No te explicó Melina a dónde iba Ariel cuando chocó el tren y por qué ella lo estaba esperando en la terminal?

-No, pero ya me imagino las razones...

-¡Dios mío! –el arquitecto se agarró la cabeza- Con cada momento que pasa me siento más boludo que antes.

-Tampoco es para tanto, che. Si los dos son felices...-Mile se encogió de hombros y le pidió una pitada al mejor amigo de su ex esposo, que por esas horas seguía internado en la terapia intensiva del hospital sin evidenciar signos de mejoría alguna.

-Yo no puedo creer que vos te tomes este asunto tan relajada. En serio –el arquitecto estiró su mano hacia la mujer ofreciéndole el cigarrillo encendido-. Fumalo entero -agregó él y luego sacó otro del atado que guardaba en el bolsillo de la camisa.

-A ver... -Melina hizo una pausa para dar una pitada-. No me causa ninguna gracia pero no pienso volverme loca con eso porque me parece que tenemos otros temas más importantes con los que lidiar en este momento.

-Buen punto.

Milena exhaló una larga bocanada de humo mientras que el arquitecto encendió su siguiente cigarrillo.

-Además, debo admitir que no me sorprende tanto la noticia porque yo ya intuía que había algo entre ellos dos. Siempre lo hubo por más que ninguno haya dicho nada jamás.

-Intuición femenina.

-Posiblemente. De todos modos, eso no quita que no considere que Melina debió haber charlado conmigo sobre el tema.

-Capaz que quiso hacerlo y no se animó como el boludo de mi amigo. ¡Qué cagón!

-¡Dejalo tranquilo, por favor! Al menos tuvo la intención de hablar con vos, no como Meli, aparentemente.

-Pero, ¿no te sentís ni un poquito traicionada?

-Un poco sí. Pero te repito: no pienso hacerme demasiados problemas. Meli no es mi mejor amiga sino más bien una compañera de cuarto circunstancial. Igualmente, voy a sentarme a hablar con ella sobre el asunto cuando encuentre un momento más adecuado y así poder aclarar la situación.

-Ajá.

-Porque te soy absolutamente sincera: más me molesta confirmar mis sospechas a través tuyo que lo que hicieron ellos dos a nuestras espaldas.

Al final, no era tan boluda esta mina, evaluó Darío al tiempo que con su índice daba suaves golpecitos al cigarrillo para que la ceniza cayera al suelo.

-Además, ¿qué querés que haga, Dari? ¿Qué la eche a la calle como hiciste vos? Aflojemos con el drama, ¿puede ser? Ya somos grandes o al menos deberíamos actuar como tales....

-No me trates como a un pendejo, ¿sí? Ya me estoy cansando de eso.

-Pará, pará. No exageres, que es la primera vez que yo te digo algo así.

-No lo digo solo por vos –el arquitecto giró la cabeza hacia la avenida al escuchar una fuerte frenada y luego se volvió hacia Mile-. Parece que últimamente todo mi entorno me considera víctima del complejo de *Peter Pan*.

-¿De qué hablás?

-¿Qué? ¿Me vas a decir que tampoco te enteraste de mis grandes planes que despertaron tanta polémica? Si Ariel se encargó se divulgarlo por todo el mundo.

-No sé a qué te referís y, sinceramente, no me interesa. No te ofendas.

-Para nada, mejor si existe al menos una persona conocida mía que no se enteró y que no opina al respecto –indicó Darío, cuyo lenguaje corporal transmitía a gritos lo molesto que se sentía porque aquellos que sí conocían su acuerdo con Mariana lo consideraba ridículo e infantil, y porque su secreto había llegado a oídos de los demás sin su consentimiento, algo habitual dado que Ariel le confiaba todo a sus padres y estos, a su vez, se caracterizaban por inmiscuirse en los asuntos ajenos.

-Mirá, si te referís a tus planes con Marian, quedate tranquilo que yo no pienso emitir ningún juicio de valor. Creo que no me corresponde. Como ya te dije: sos grande y, por ende, podés hacerte responsable de tus actos tranquilamente.

Después de tantos años, de tantas discusiones al pedo, mirá cuando esta mina se viene a ganar mi respeto, pensó él.

-La verdad que no me esperaba una reacción tuya así de madura, Mile.

-Es que no me parecía correcto golpear a un hombre que ya está caído.

-Gracias.

-¿Viste que no soy tan jodida como vos pensabas?

-Reconozco que siempre te vi de esa manera.

-Eso es porque vos conociste un solo lado de la historia, el de Ariel.

-Bueno, en ese sentido, yo puedo decir lo mismo de lo que vos pensás sobre mí.

-Cierto. ¿Empate? –Mile arrojó a la vereda la colilla del cigarrillo encendida y estiró su mano para estrechar la de él.

-Empate –Darío apretó la mano de la mujer y ambos sonrieron.

-¿Y qué vamos a hacer ahora? -retomó Mile.

-Vos no sé, pero yo voy a volver a entrar para ver si Don Arturo o Doña Helena necesitan algo.

-¿Querés que me quede por si hay que darte una mano con algo?

-Como quieras. Si tenés asuntos personales que atender hacelo tranquila –Darío hizo con su mano la mímica de hablar por teléfono y le guiñó un ojo.

-¿Ves cómo sos? ¡Que tarado!

Darío largó una carcajada como hacía días que no lo hacía y sintió que su pecho contraído se liberaba por un instante.

-Digo –retomó él aun sonriendo y mostrando a punta de su lengua-, si te están apurando para que vuelvas a dónde carajo era que estabas de vacaciones, por mí no te preocupes.

-Es obvio que por vos no me preocupo, gil. Me preocupa el estado de salud de Ariel, aunque vos no lo creas.

-Claro que te creo.

-Entonces hagamos lo siguiente, si a vos te parece bien: yo me voy al departamento que me queda cerca y cuando vos tengas ganas de volver a tu casa llamame y te reemplazo, como si fuera un sistema de postas, ¿sí?

-Sí, sí, me parece bien. De hecho eso era justamente lo que hacíamos con Meli al principio pero ahora la situación se complicó demasiado.

-Ya fue, Dari. Ahora dejemos todas esas diferencias de lado, así como nosotros estamos dejando las que hubo siempre entre nosotros dos, y preocupémonos por Ariel, para que él se mejore cuanto antes.

Odio darle la razón a esta mina, fue la primera idea que surgió en la mente alborotada de Darío en aquel instante de sinceramiento total en el que él asintió con un gesto de la cabeza, inclinándola levemente hacia adelante, tras lo cual, ambos se despidieron con un beso en la mejilla y mientras ella se fue a buscar su auto al estacionamiento, el arquitecto regresó al interior del hospital.

El desfile de personas por el despacho del juez Benítez era incesante ya que sumados a los funcionarios abocados a la pesquisa comenzaron a declarar los principales protagonistas de la tragedia, el más importante, sobre quien estaban posados los ojos de todo el país, fue el maquinista Cortés, quien acababa de ser dado de alta y asistido por un abogado particular, el mismo que asesoraba al gremio al que pertenecía el *motorman*, se sometió a indagatoria, aunque para sorpresa del magistrado, no aceptó responder preguntas sino que ofreció una breve exposición.

“Yo no estaba borracho ni drogado, señor juez. La noche anterior no había salido a ningún lado y me acosté temprano. Así que descansé bien y el procedimiento lo hice de manera manual”, explicó Cortés y recordó que cuando pasó la señal de entrada de la terminal llevó la palanca al medio, “en neutro”, para, justamente, frenar manualmente. “Apliqué el freno y el tren reculó, pero no frenó”, sostuvo.

“Cuando advertí que la velocidad de la formación no descendía y me acercaba a la estación me desesperé y volví a aplicar el freno pero no escuché el sonido de la válvula. Por

favor, señor juez, créame que hice todo lo posible por frenar el tren”, afirmó el maquinista entre lágrimas.

Tras la indagatoria, el juez Benítez dispuso la inmediata excarcelación de Cortés y se abocó a evacuar algunas citas puntuales como, por ejemplo, el estado en el que se encontraba el maquinista al momento del choque. Para ello, citó a declaración testimonial a la médica de guardia que lo atendió en el hospital y que sostuvo que “el paciente no presentaba signos de intoxicación alcohólica” y se encontraba lúcido a pesar de que le dijo a ella que no recordaba lo ocurrido.

La testigo refirió que a Cortés se le practicaron todos los exámenes de rutina para dar cuenta de su lucidez, incluso, una serie de estudios consistentes en hacer preguntas básicas: edad, día, ocupación, entre otras, y en ese sentido señaló que las respuestas fueron “coherentes”.

Consultada sobre el aspecto físico del maquinista, la médica explicó que las lesiones estaban en sus piernas ya que habrían sido apretadas al momento del impacto y que también presentaba algunas contusiones, más que nada en el rostro y partes inferiores, al tiempo que no descartó un posible traumatismo de cráneo. “Lo único que repetía era que sentía un fuerte dolor en un pie”, sostuvo.

Más adelante en la instrucción de la causa declararían una empleada de la aseguradora de riesgos del trabajo de Cortés que fue a verlo al hospital y contó al juez Benítez que en esas circunstancias el maquinista también le dijo que no recordaba bien lo ocurrido y que cuando lo volvió a entrevistar días después de haber sido dado de alta le manifestó exactamente lo mismo.

Al continuar con la pesquisa en torno al maquinista, el magistrado recibió luego de la indagatoria de aquel el informe bioquímico del hospital en el que se analizó la muestra de

sangre extraída al paciente y que concluyó que no había rastros de alcohol en el torrente sanguíneo estudiado. “El resultado dio negativo”, concluyó el documento elaborado por un perito con más de 10 años de experiencia en ese tipo de trabajo y que contó con todos los instrumentos necesarios para llevarlo a cabo sin problemas.

Agotada, sólo por el momento, la pista del maquinista y ante la necesidad de avanzar mientras se realizaba una batería de peritajes que iban a demandar un tiempo considerable, el juez Benítez decidió iniciar el largo proceso de recibir las testimoniales de los pasajeros de la formación 678 que no habían resultado severamente lesionados y, por ende, se encontraban en condiciones psíquicas y físicas de declarar sobre lo ocurrido.

Unos de estos testigos, de nombre Natalia, declaró que cuando ella se encontraba en la clínica adonde la habían trasladado por una lesión leve en una pierna, y mientras aguardaba en la sala de guardia junto a otros pacientes, un hombre que dijo trabajar para Trenes XXI se les acercó para preguntarle si eran pasajeros del tren accidentado y cuando ella le respondió que sí, aquel le pidió que se callara para que no hiciera “quedar mal a la empresa” y que a cambio de su silencio le ofreció un pase para viajar gratis por tres meses en la línea Sur. “Yo no podía creer lo que estaba escuchando. ¡Un caradura, sinvergüenza!”, expresó la muchacha ante los secretarios del magistrado que le tomaron la declaración ya que el juez estaba atendiendo otros asuntos importantes relativos a la investigación de la tragedia.

En el juzgado preguntaron a los sobrevivientes sobre el estado del tren y todo aquello que pudieran recordar de lo que ocurrió con la formación accidentada antes, durante y después de la colisión en la terminal.

En ese sentido, Beatriz, una pasajera que resultó ilesa, contó que ella abordó a mitad del recorrido y que a medida que la formación fue llenándose comenzó a “andar mal de a

ratos” ya que “por momentos se frenaba y luego volvía a arrancar”. La mujer recordó que no viajaba todos los días en esa línea y que cuando escuchó que el *motorman* decía que “no respondían los frenos”, asustada, decidió dirigirse a los últimos vagones, lo que terminó salvándole la vida. Además, declaró que cuando salió de la estación anterior a la terminal, la formación “iba muy rápido”.

Por último, Beatriz describió, a pesar de que no era una pasajera habitual, que el estado general de las formaciones era “malo”, que las ventanas estaban “todas rotas” y las manijas de las puertas estaban “todas falseadas y se accionaban solas con el mismo movimiento del tren”. Y recordó que ella tenía un amigo que debido a esa falla técnica se había caído de un tren y debido a ello sufrió la amputación de una pierna.

“El tren estaba hecho mierda, como siempre. Yo viajo en esa línea desde hace diez años y está todo igual. Por eso no me sorprendió que anduviera mal”, declaró, por su parte, Matías, quien viajaba en uno de los vagones posteriores y contó que justo antes del impacto observó a un hombre que venía corriendo desde los coches delanteros a los empujones y al grito: “¡Córranse que no frena!”

Este testigo comentó que él abordó la formación en la cabecera, de la que el tren salió “media hora más tarde” de lo previsto porque “algo no le funcionaba” y que cuando finalmente lo hizo “no llegó a parar a tiempo” en la siguiente estación sino que lo hizo “afuera del andén”.

“Era como estar en medio de la selva o en el lejano oeste, aunque veníamos del sur. No había señalización, salidas de emergencia ni martillos para abrir las ventanas. Nada”, sostuvo Matías con una ironía nerviosa.

“El estruendo fue tremendo, como si hubiera explotado una bomba y en un primer momento pensé que el tren se iban a prender fuego”, declaró, en tanto, Esteban, un pasajero

que viajaba diariamente en la línea Sur. Según este testigo, las formaciones eran “terroríficas” y describió como “inhumano” viajar en horarios picos. “El desprecio por el usuario es total. Nunca nadie te sabe decir por qué un tren no sale o se queda varado a mitad de camino”, sostuvo y agregó: “Estos problemas le importan tan poco a las autoridades que ningún empleado ferroviario, tanto arriba del tren como en las estaciones, controla si los pasajeros tienen boleto.”

Otra pasajera, de nombre Gabriela, coincidió también en que al momento del impacto se escuchó una “explosión” y que ella vio como algunas personas salieron “volando hacia adelante”. Esta testigo contó que apenas se produjo el accidente la mayoría de la gente culpó de lo sucedido al maquinista pero, según ella, la formación “no estaba andando bien”. En ese sentido, la mujer declaró que cuando el tren cambió de vías para entrar a la terminal las ruedas hicieron “un ruido muy fuerte y extraño”.

Por su parte, Gustavo, un operario fabril que toda su vida utilizó el tren para dirigirse a su trabajo recordó que el estado de la línea Sur se había vuelto tan deficiente que hacía años que había optado por no viajar en el furgón con su bicicleta por temor a caerse o ser asaltado y que esto, sumado a que las formaciones siempre se demoraban más de lo previsto, terminó en una serie de llegadas tarde a la fábrica que le hicieron perder el dinero del plus por presentismo. “Ya no me da la cara para explicarle a mi jefe que no puedo cumplir con el horario por culpa del tren”, señaló.

Este obrero, que el día de la tragedia en vez de entrar a trabajar en el turno de 6 a 14 lo iba a hacer de 14 a 22, luego de realizar unos trámites personales en el centro capitalino, detalló que era habitual “viajar como ganado” y que debido a la falta de espacio en los vagones los pasajeros solían entrar “por las ventanas”.

En tanto, Juan Manuel, un vendedor ambulante que diariamente subía al tren en la anteúltima estación, ubicada cerca de su humilde domicilio, y descendía en la Terminal II, declaró en el Juzgado que él iba parado en el estribo, cargando con las cajas de cartón que contenían su mercadería, y al advertir que la formación no iba a alcanzar a frenar se arrojó al andén, donde rodó como una alfombra machucada, y que apenas se reincorporó, adolorido, observó el impacto y corrió como pudo hacia la locomotora para socorrer al *motorman*.

“Estuve con el maquinista como media hora, conteniéndolo porque estaba en shock. Le preguntaba cómo se llamaba y él sólo me decía que los frenos no habían andado, que estaban 'largos'”, relató el vendedor ambulante.

Hasta aquí podría atribuirse las categóricas críticas al servicio ferroviario a la bronca acumulada de los pasajeros, no sólo por lo sucedido con la formación 678 sino también por haber tolerado el maltrato de los prestadores durante años, y ponerlas en duda debido a su grado de subjetividad; pero cuando el juez Benítez tuvo la oportunidad de recibir la declaración a otros maquinistas confirmó que todo lo que habían dicho los usuarios era absolutamente cierto.

“Durante tres décadas me congelé. Los pisos, las paredes y las puertas de chapa de la cabina estaban siempre oxidadas y hasta podridas, los vidrios de las ventanas rotos, cuando llovía había goteras y me empapaba. No sé cómo hice para aguantar tanto tiempo trabajando en esas condiciones”, declaró José, un *motorman* recién jubilado. Según este testigo, los maquinistas se quejaban permanentemente de este estado deplorable y si bien las autoridades enviaban los trenes al taller para su reparación “las formaciones volvían a salir iguales o con arreglos insuficientes”, con lo que coincidió otro maquinista más joven que también declaró en la causa.

Mientras que Cristian, empleado de las cabinas de la línea Sur hasta unos años antes cuando se fue a trabajar a otra línea en mejor estado, afirmó ante el juez Benítez que los vagones originales “siempre tuvieron problemas de tracción y de frenos” pero que estas deficiencias técnicas disminuyeron, aunque no desaparecieron, con la utilización de los nuevos coches.

En el juzgado preguntaron a los maquinistas y empleados ferroviarios cómo funcionaba el sistema de frenos de las formaciones actuales y los testigos respondieron que había un compresor por vagón y que era posible frenar faltando dos compresores, pero que en los furgones no había frenos.

Estos testigos también aclararon que los trenes no tenían velocímetro, por lo que era muy difícil determinar a qué velocidad transitaban cuando ingresaban a la terminal. “A ojo, van una velocidad de entre doce y veinte kilómetros por hora, más o menos”, precisó José y agregó que había dos momentos en los que se debía aplicar los frenos cuando se ingresaba a la estación cabecera: uno a la altura de la Cabina B, una estructura edilicia ubicada varios metros antes de llegar, y el otro a mitad del andén. “Claro que no es el mismo frenar un tren con doscientos pasajeros que con tres mil”, concluyó el experimentado maquinista.

Don Arturo lamentaba tener que soportar la compañía de su ex nuera en el hospital cada vez que Darío o Melina no podían hacerlo debido a sus asuntos laborales o porque a esas alturas directamente preferían no cruzarse el uno con el otro. Por eso, cuando Milena aparecía para acompañarlos a él y a Helena en la sala de espera (aunque la mayor parte del tiempo se la pasaba afuera, fumando y hablando por celular) el padre de Ariel la dejaba a solas con su esposa y se iba a la cafetería del centro asistencial a tomar algo y leer el diario.

Al jubilado le gustaban más los diarios sábana, clásicos por su formato y con un estilo de redacción más pulido que los tabloides populares y de mayor circulación como los que esa mañana leía la mayoría de las personas que lo rodeaban en la cafetería. Casi todos estos contaban con una gran cantidad de anuncios de publicidad oficial, por lo que rara vez redactaban alguna crítica hacia el gobierno. En cambio, los matutinos que leía el jubilado, que resultaban más difíciles de hallar en lugares públicos como éste, difundían anuncios privados muy costosos y de esta manera, si bien no condicionaban su línea editorial con los gobernantes de turno sí lo terminaban haciendo con determinados intereses empresarios vinculados a las multinacionales.

Don Arturo comenzó a ojear el tabloide con algunas páginas desechas que acababa de terminar de leer el hombre sentado en la mesa contigua y cada tanto echaba un vistazo por la ventana de la cafetería que daba al jardín interno del hospital, no muy florido pero que aportaba un poco de verde y frescura con una pequeña fuente, y le llamó la atención que no había nadie en aquel espacio semi exterior que funcionaba como un refugio ideal del efecto de las altas temperaturas que daban la sensación de alargar el tiempo de espera al punto de la exasperación, tras lo cual recordó que transcurrían los días en los que se producía el clásico éxodo turístico de las vacaciones de verano, circunstancias motivadas aun más por una ola de calor que invitaba a huir como sea de la jungla de cemento hacia la arena y el mar, las verdes sierras o los lagos espejados rodeados de poderosas montañas, los destinos más elegidos por los viajantes.

“Cierran por tres meses la línea Sur para su electrificación”, rezaba el título catástrofe del diario depositado en las manos arrugadas de Don Arturo. Había sido la principal noticia del día anterior cuando el ministro Rapazzo convocó a una conferencia de prensa para realizar formalmente el anuncio. Dicha convocatoria había sido cubierta en

vivo y en directo por los distintos canales televisivos de noticias que, a pesar de que ya habían pasado varias semanas desde el accidente, seguían interesados en los asuntos ferroviarios. Pero el jubilado no disponía del tiempo ni, sobre todo, de ganas de mirar televisión, a la que históricamente había considerado una caja más que boba. “Antes del accidente no dijeron ni una sola palabra sobre cómo se viajaba en los trenes. Es más, cuando electrificaron las otras líneas los usuarios nos enteramos cuando llegamos a la estación”, comentó mientras pasaba de página.

“La colocación del tendido eléctrico en todo el recorrido que una la Capital Federal con la Capital de la Provincia comenzarán el lunes próximo, por lo que se suspenderá el servicio por tres meses, plazo estimado que demandará este trabajo”, arrancó el discurso del funcionario nacional, de acuerdo al primer textual citado en la nota periodística que continuó explicando que en lugar de los trenes, el gobierno había dispuesto la circulación de colectivos que saldrían de las calles laterales de las distintas estaciones ferroviarias de dicha traza por la que se calculaba que viajaban unas 100 mil personas por día.

Según Rapazzo, el boleto de estos micros, en su gran mayoría unidades nuevas y modernas estrenadas para la ocasión, iba a tener el mismo precio que el del tren y, de hecho, se compraría en las boleterías de las estaciones, razón por la cuál, las mismas estarían abiertas en su horario habitual, de 4 a 23, por más que los andenes estuviesen vacíos. “Se abona el pasaje por ventanilla, como siempre, con la diferencia de que ahora el usuario tiene que dirigirse hasta la parada correspondiente, hacer la fila en la vereda y abordar el micro”, indicó el ministro.

De acuerdo al artículo, las principales tareas a realizar durante esos 90 días constaban en el montaje de las catenarias (líneas aéreas de alimentación que transmitían la energía eléctrica a las locomotoras), de los cables de media y alta tensión; y la

electrificación de los mismos a lo largo de los poco más de cincuenta kilómetros de la vía de doble ramal.

Rapazzo aseguró que en tres meses se haría realidad “un sueño” que había sido prometido hacía “más de cuarenta años” y que por diversos motivos otras gestiones anteriores no concretaron. “Pero yo cumplo con mi palabra. Al asumir dije que lo iba a cumplir y así lo haré. Que nadie tenga dudas al respecto”, afirmó.

Luego, el ministro explicó que se trataba de una obra “por etapas”, en la que se invertirían 500 millones de dólares y que generaría unos 400 puestos de trabajo. “La primera etapa ya comenzó el año pasado con la instalación de las columnas de hormigón de doce metros de altura sobre las veredas exteriores de las vías”, recordó y aclaró que si bien ese trabajo no lo hizo, el de las otras dos etapas sí implicaba paralizar la línea para que los obreros pudieran abocarse a sus tareas todo el día y no tener que hacerlo entre las 23 y las 4, cuando no pasaban los trenes. Y a esto había que sumarle la presencia de maquinaria pesada cerca de los rieles, lo que significaba un real peligro para el paso de las formaciones.

En total, siempre según el artículo periodístico que citaba datos de un folleto elaborado por el Ministerio de Transporte y distribuido durante la conferencia de prensa, se realizarían 1.750 pozos para dichas columnas de hormigón y construirían 175 pórticos sobre las vías con 2.000 ménsulas para sostener el cableado que transportaría unos 25 mil volts de corriente alterna. Y la licitación para llevar a cabo semejante obra se adjudicó a una empresa (el ministro no precisó cuál) que ya había trabajado años antes junto a tantas otras firmas del ramo en la electrificación de las demás líneas nacionales.

“Una vez que esté terminada la electrificación se van a poder poner a funcionar los cien nuevos coches comprados en el exterior y se reducirá el tiempo de viaje desde una cabecera a la otra de noventa a sesenta minutos y la frecuencia entre un servicio a otro de

veintiséis a trece minutos”, destacó Rapazzo y agregó: “De esta manera, el tren será la mejor forma de viajar entre Capital y Provincia, la columna vertebral que articulará las dos principales ciudades del país y todas las localidades intermedias donde reside una gran porción de la población nacional.”

Entre otros beneficios que aportaría esta nueva manera de viajar, el funcionario remarcó “la “eliminación de las demoras” y también de “la contaminación ambiental y sonora” ya que las flamantes formaciones no utilizarían combustible, además de la “reducción de los riesgos de electrocución en zona de vías” dado que, a diferencia del subterráneo, el cableado se extendería por el sistema aéreo de catenarias.

“Los nuevos vagones se están construyendo con la última tecnología en seguridad, aire acondicionado, calefacción, cámaras de seguridad, suspensión neumática, sistema de frenado ABS, puertas inteligentes y materiales anti vandálicos. Y en su parte superior tienen un pantógrafo, que es el dispositivo que toma contacto con la línea de cables ubicada a un metro del techo del tren y transforma los veinticinco mil voltios en ocho mil, que son, en definitiva, los necesarios para que cada formación traccione”, añadió Rapazzo, quien también hizo hincapié en que con estos vagones se aumentaría de 1.300 a 1.900 la cantidad de pasajeros que podrían viajar por cada tren.

Respecto de los colectivos que suplantarían a los trenes de manera provisoria, el ministro recalcó que habría “servicios rápidos” que conectarían las principales estaciones de la línea, mientras que otros se iban a detener en todas las localidades e iniciar su camino cada ocho minutos, cuando los primeros lo harían cada cinco.

“Por lo menos, de esta forma no se va a matar nadie más andando en tren por los próximos tres meses aunque seguro va a haber más accidentes con los micros”, concluyó Don Arturo al finalizar de leer el artículo.

Y como para el lector se trataba de un tema demasiado importante y, por ende, merecía ser analizado desde más de un solo punto de vista, acabó su café con leche de un sorbo y se dirigió hasta el puesto de diarios y revistas ubicado en la esquina del hospital donde compró su matutino preferido en el que criticaban que el ministro no había aceptado responder preguntas de parte de los periodistas para no tener que referirse a la tragedia, mientras que citaban en *off the record* fuentes de la cartera que se excusaban de brindar información sobre el tema ya que el juez Benítez mantenía el secreto de sumario. Y no sólo eso, este diario afirmaba que la empresa adjudicataria de la millonaria licitación era una firma en cuyo directorio había miembros de la familia Cirilo. “Este gobierno no aprende más”, sentenció el jubilado mientras regresaba a la sala de espera de la terapia intensiva con la ilusión, cada vez más dañada, de que aun podían producirse cambios positivos no sólo en el estado de salud de su hijo Ariel sino en la vida del país.

XII

“Es una causa muy compleja, dada la multiplicidad de delitos y de sospechosos”, fue la frase más repetida en los tribunales federales de la Capital cuando se referían a la investigación silenciosa del juez Benítez, quien por varios pasajes de la misma decretó el secreto de sumario para evitar filtraciones a la prensa y, sobre todo, a los involucrados que podrían haber tomado esos datos para prepararse ante una eventual imputación. Y cuando esa explicación sonaba más a excusa y parecía que se iba a tratar de otro caso que quedaría olvidado en un cajón, luego de unos cuatro meses de pesquisa y diligencias realizadas con sumo bajo perfil, el magistrado finalmente imputó a los dueños y principales directivos de Trenes XXI y a los ex funcionarios a cargo del área de Transporte Juárez y Rapazzo, quien acababa de dejar su cargo aunque no tras haber presentado su renuncia por haber quedado en el ojo de la tormenta por supuestos actos de corrupción y mal desempeño de sus funciones, tal como había ocurrido con su antecesor, sino que decidió retirarse de la función pública cuando su partido en el gobierno perdió las elecciones presidenciales y debió dejar el Poder Ejecutivo tras 12 años.

Una de las pruebas valoradas por el magistrado para acusar a los Cirilo y a los ex funcionarios nacionales fue el análisis de las comunicaciones de unos y otros, en especial de los primeros, entre los que se descubrió una serie de correos electrónicos entre Raúl y el jefe de material rodante de la empresa: “Esta vez no coincido con tu postura, lo que no se repare mientras el coche está detenido en los galpones no se repara más y cuando empiece a operar considerémonos afortunados si lo podemos mantener vivos”, escribió el empresario, quien dos años antes de la tragedia ya consideraba que la formación 678 estaba “condenada a la inactividad”.

El juez Benítez recibió también un informe de la Auditoría General de la Nación (AGN) que apuntó a la responsabilidad del Estado en cuanto a la calidad del servicio de los trenes a pesar de que la línea Sur era una empresa mixta. “El Congreso aprobaba los fondos de los subsidios otorgados por el Ministerio de Transporte a Trenes XXI para el mantenimiento de las formaciones pero el destino final de ese dinero resultaba impreciso e incierto”, señalaron los auditores, que fueron contundentes al afirmar que “ninguna de las partes supo responder adónde fueron a para esos millones de pesos”.

De acuerdo a los informes de la AGN sobre Trenes XXI, existía “un alto riesgo de incumplimiento en materia de mantenimientos y normas de seguridad” en el servicio prestado al punto que describieron que se trataba de una situación “límite y alarmante”. Y también se calificó de “irregulares” las tercerizaciones contratadas por la empresa para cumplir con las tareas que ésta debía llevar a cabo.

“Anteriormente se alertó a las autoridades correspondientes sobre la situación en decadencia del transporte ferroviario y lo que pasó después muestra el riesgo con el que se prestaba el servicio”, indicó el documento, cuya elaboración se basó en los datos reunidos por el Centro de Regulación del Transporte (CRT), el cual tenía un 0-800 para que los usuarios presentaran sus quejas. “El CRT afirmó que la empresa Trenes XXI no presentaba los planes de mantenimiento o lo hacía fuera de término o incompletos”, concluyeron los auditores.

Esta situación fue confirmada con la testimonial de un ingeniero que era gerente de Seguridad del CRT y contó que si bien desde el área a su cargo se desautorizó la circulación de los trenes con las puertas abiertas, esto siguió ocurriendo “siempre” en la línea Sur. En ese sentido, el testigo aclaró que no sólo se trataba de un incumplimiento de las autoridades estatales y de la empresa sino que más bien era “un problema social

histórico” que antes se repetía en las demás líneas hasta que éstas cambiaron los modelos de vagones con cierres automáticos.

Por otra parte, el juez Benítez también valoró el informe de los tres peritos oficiales designados por la Corte Nacional para analizar la formación 678 y en el que uno de ellos, ingeniero electromecánico, sostuvo que si el tren hubiese impactado directamente contra el paragolpes del andén sin que antes se accionaran los frenos, el accidente hubiera sido “duro pero no trágico”.

Este perito, que firmó en disidencia con los otros dos, fundamentó su argumento al explicar que al disminuir la velocidad, la formación se colocó debajo del paragolpes de contención y así se produjo el “acaballamiento” del vagón dos sobre el uno y del cuatro sobre el tres, lo que resultó ser la principal causa de las muertes.

El ingeniero contó que a partir de los datos de velocidad aportados por el GPS se pudo determinar que el sistema de frenado sí funcionó, que unos metros antes de la colisión la formación desaceleró de 27 a 20 kilómetros y en ese sentido afirmó que “el GPS es como la caja negra de un avión”, cuyos datos “no se pueden modificar”. De hecho, concluyó que “hasta unos cuarenta metros antes de paragolpes el tren fue disminuyendo su velocidad dentro de los parámetros normales”.

Mientras que los otros dos peritos coincidieron en que “si los frenos hubiesen funcionado el último coche debería haberse quedado detenido”, precisó el informe elevado al juzgado, cuyo contenido también fue confirmado de manera oral por los tres expertos al declarar luego como testigos en la causa.

Cristian Dimeno, uno de esos dos expertos, aclaró que cuando él estuvo en el lugar del hecho el día después de la tragedia, los peritos policiales que fueron los primeros en inspeccionar la formación le dijeron que “el tren tardaba mucho en frenar” pero que en ese

momento no dejó asentada esa observación en su informe porque “había demasiado por observar” y esa circunstancia le “pareció poco relevante”.

En cambio, el perito se centró en el estado del interior de los vagones, el cual describió como “deplorable” y que las mangueras que conectaban los depósitos de aire “no habían sido purgadas en mucho tiempo” cuando era “realmente indispensable” hacerlo a diario.

En tanto, el peritaje oficial contable que analizó los negocios de Trenes XXI informó al juez Benítez que esta firma tenía negocios con otras líneas ferroviarias pero que en sus asientos no discernía cuánto dinero destinaba a una y a otra, por lo que resultaba imposible establecer si los montos fueron destinados “todos a una línea y ninguno a las otras o si se invirtió en todas pero en partes desproporcionadas”. Por esta última hipótesis se inclinaron los contadores que elaboraron el informe ya que consideraron que era la “única razón” por la que la firma no había diferenciado la plata para cada una de las líneas, a raíz de lo cual, el magistrado decidió imputar también David Rizzo, gerente de Contabilidad de la empresa en cuestión.

A partir de los elementos de prueba reunidos en el expediente, el magistrado formuló la acusación más grave para los ex ministros Juárez y Rapazzo y los hermanos Cirilo por los delitos de “administración fraudulenta” y “estrago culposo agravado por el resultado muerte”. Y en el caso de los dueños de Trenes XXI también se los imputó de “defraudación contra la administración pública” y se ordenó su detención. En total, excluyendo al *motorman* Cortés, hubo 15 imputados aunque sólo los dos empresarios mencionados y su contador Rizzo llegaron presos a sus respectivas indagatorias.

El primero en comparecer ante juez Benítez fue Sebastián Cirilo, cuyo arribo a los tribunales, bajo una fuerte custodia policial y con las manos esposadas, generó un gran

revuelo no sólo entre los periodistas que cubrían la noticia, sino también entre curiosos y empleados judiciales que daban vueltas por los pasillos. “¡Niego toda la imputación que se me hace!”, se le escuchó gritar ante los movileros que le preguntaban si se consideraba culpable de una de las mayores tragedias ferroviarias en la historia del país y le enrostraban sus micrófonos mientras era llevado de ambos brazos por dos efectivos policiales que procuraban no tropezar con los cables y a los empujones se abrían paso entre los trabajadores de prensa.

Una vez sentado delante del magistrado, el acusado se declaró formalmente inocente y dijo que él no tenía “nada que ver con el uso del material rodante”, al tiempo que aclaró que estaba dispuesto a “colaborar” con la investigación “para llegar a la verdad de lo que pasó”. Con su abogado defensor habían acordado que haría un descargo pero que, en esta indagatoria, no respondería preguntas, lo que sí haría en una posterior ampliación de la misma.

En ese contexto, el imputado cargó las culpas sobre el maquinista Cortés, respecto de quien dijo que “algo le pasó en los últimos metros” para no poder frenar el tren pero aclaró que creía que el *motorman* no lo había hecho “a propósito”.

“Los trenes, ya sean viejos o nuevos, están diseñados para frenar primero y traccionar después, por lo que si una formación no tiene cargados los sistemas de frenos no puede comenzar a andar. Es así de simple”, explicó el empresario y agregó que el tren que terminó chocando ese día había sido conducido por “dos maquinistas, uno primero y Cortés después, y ninguno de los dos reportó anomalías en su funcionamiento”.

Luego, se refirió a Trenes XXI y dijo que la empresa se creó a principios de los '90 a partir de una serie de privatizaciones de firmas del Estado y que en los últimos años “sólo se suspendió el plan de inversiones acordado con el anterior gobierno nacional” debido a

“la crisis económica mundial”, un argumento trillado ya que había sido reiterado hasta el hartazgo por los distintos funcionarios del Poder Ejecutivo saliente cada vez que debían explicar algún aspecto negativo de la economía y las finanzas de la nación. “Es que el resto del planeta se está cayendo a pedazos...”, solían repetir como un mantra desde la Presidencia hasta la Secretaría de Comercio, pasando por casi todas las dependencias gubernamentales que cabían en ese abanico como la Jefatura de Gabinete y los principales ministerios, incluido el de Transporte.

“Las inversiones que se firmaron en la concesión inicial se cumplieron pero nuestra empresa no puede hacerse responsable de las decisiones que después fueron tomando los gobernantes de turno”, se excusó Cirilo e indicó que, para él, “la actividad ferroviaria nunca fue una prioridad para el Poder Ejecutivo”.

Y concluyó: “La conmoción que causó este accidente es muy importante, por eso quiero brindar mi más respetuosa solidaridad y condolencias a las familias de las víctimas. Yo sé cómo se sienten porque también soy una víctima en esta tragedia.”

Al finalizar su descargo, el abogado defensor de Sebastián Cirilo presentó ante el juez Benítez un pedido por escrito para que le otorgaran al acusado la excarcelación o, subsidiariamente, el arresto domiciliario ya que consideraba que no existían “peligro de fuga ni de entorpecimiento de la investigación”, lo cual le fue rechazado horas después de la audiencia.

Por su parte, Raúl Cirilo fue citado a indagatoria para el día después y esta vez el ingreso a los tribunales fue menos caótico que el de su hermano ya que las fuerzas policiales establecieron un largo perímetro alrededor de todo el edificio judicial para alejar a los periodistas y curiosos y, además, entraron a bordo de un móvil directo al

estacionamiento subterráneo para que el arribo ni siquiera fuese captado desde lejos por las cámaras de video y fotográficas.

Según declaró este imputado, el tren siniestrado era un “coche tradicional” que había sido “reparado varias veces en los últimos cinco años”, a pesar de lo cual estaba “en perfectas condiciones para circular”.

Raúl Cirilo precisó que entre 2005 y 2006 la empresa había llevado a cabo un “amplio plan de reformas de todos sus trenes” con el objetivo de modernizar, reconstruir e incorporar equipamiento tecnológico a las formaciones adquiridas en los ’60 y que este programa fue controlado por la CRT.

En su descargo, el que él calificó como “muy útil para orientar” las preguntas de los investigadores, señaló que gracias a ese plan de reformas en 2008 hubo 60 unidades modernizadas y tres años después comenzaron a circular otras 20 formaciones con coches doble piso.

Consultado sobre los “elementos de seguridad a bordo de las formaciones”, Raúl Cirilo respondió que “la legislación ferroviaria” indicaba que los mismos debían estar, “sin excepción”, ubicados en la cabina del conductor, por lo que le resultaba “obvio” que no estuviesen “a simple vista de los usuarios” y, en ese sentido, añadió que los botiquines de primeros auxilios se encontraban “instalados en las estaciones”.

Y en el tramo final de la indagatoria se le preguntó en qué consistía específicamente la “modernización” de las formaciones a las que él hacía referencia, a lo que señaló: “Consiste en la incorporación de nuevas tecnologías tanto en sus aspectos técnicos como en cuanto al confort y la comodidad del viaje.”

En el mismo día en que el juez Benítez indagó a Raúl Cirilo también interrogó al contador Rizzo, quien, al igual que Sebastián Cirilo, hizo una exposición sin aceptar

preguntas y aseguró que ni él ni el personal a su cargo hicieron “un uso indebido del material rodante y de infraestructura de la empresa”.

“¿Cómo un contador público va a incurrir en una maniobra de ese tipo si no está capacitado para hacerlo? Mis tareas nunca tuvieron algo que ver con esa área de trabajo”, indicó y aclaró que su tarea en la empresa estaba vinculada a la administración de los “fondos”, respecto de los cuales también negó rotundamente haber hecho una “utilización indebida” de ese dinero. “Los fondos fueron transferidos acorde a las normas vigentes a las personas jurídicas, no a mí, por lo que es imposible que yo me haya enriquecido ilegalmente”, aseguró.

“Que quede absolutamente claro: yo no participé ni directa ni indirectamente con este accidente”, afirmó Rizzo y por último coincidió con los otros imputados de Trenes XXI en que “algo” le había sucedido al *motorman* para que éste no haya podido frenar a tiempo.

Quedaba claro que la estrategia de los defensores de estos imputados era, básicamente, tratar de probar que la firma había cumplido con todo lo estipulado en el contrato celebrado con el Estado Nacional, que la formación 678 estaba en condiciones de frenar y que el responsable de lo sucedido habían sido el maquinista Cortés, los malos hábitos de los pasajeros y las crisis económicas del país.

De todos modos, el plato principal de las indagatorias dispuestas por el magistrado se sirvió la semana siguiente a las declaraciones de los Cirilo y Ruíz, cuando comparecieron en el tribunal los ex ministros Juárez y Rapazzo, quienes arribaron al edificio judicial en libertad, por separado y sin hacer declaraciones ante la nutrida guardia periodística.

Una vez dentro del despacho del juez Benítez, el primero de los dos en declarar fue Juárez, quien había viajado desde el norte del país donde se había radicado en los últimos años, tras haber dejado la función pública. De hecho, el acusado le pidió al personal judicial que celebre la audiencia lo más rápido posible para poder tomar el avión de regreso “cuanto antes” ya que debía atender otros “asuntos personales” allá.

“El tiempo que demande la diligencia dependerá de usted”, le aclaró el secretario del juzgado sin mirarlo y acomodando una serie de papeles sobre su escritorio, ante lo cual, el abogado defensor anunció que su representado quería realizar una exposición antes de responder a las preguntas.

Así, Juárez hizo una reseña histórica con un alto contenido político sobre la situación ferroviaria del país en la que recordó que cuando él asumió en 2003, Transporte era una “simple secretaría con bajo presupuesto” y que gracias a él se convirtió luego en un ministerio.

“Ahora nadie recuerda cómo se encontraba nuestra querida república cuando asumimos en el Poder Ejecutivo. Yo, por ejemplo, me encontré con una secretaría literalmente vaciada, con un sistema ferroviario en emergencia”, declaró el imputado y continuó: “Algunos tienen una memoria muy frágil, se olvidan de lo que pasó hace quince años cuando el país estalló y nosotros fuimos los únicos que nos hicimos cargo en medio de ese caos. Dejamos de lado nuestra vida personal para dedicarnos únicamente a la función pública. Quien les habla no tuvo vacaciones durante mucho tiempo y ¿para qué? Para recuperar el sistema ferroviario y así el servicio fue creciendo, con obras que estaban dentro del plan de emergencia y muchas otras que fuimos agregando.”

Durante la indagatoria, Juárez reiteró en varias oportunidades que confiaba en la Justicia y que él no se iba a interponer en la “búsqueda de la verdad” sobre lo ocurrido,

pero también se encargó de dejar en claro que creía que se había convertido en un “perseguido político” porque el juez Benítez respondía “únicamente a los intereses de la oposición” que quería “destruir todos los logros” de la administración a la que él “orgullosamente” había pertenecido junto al “compañero” Rapazzo.

“Acá sólo buscan cerrar la causa como sea. Este es un juicio político contra el Estado Nacional, no la instrucción de una causa penal como debería serlo”, señaló, tras lo cual, negó todos y cada uno de los cargos que le formularon los interrogadores respecto a los contratos celebrados con Trenes XXI, su vínculo con los Cirilo y el manejo de los recursos del presupuesto destinado a la cartera de Transporte. “Nada de todo eso tuvo que ver con el accidente. Yo cumplí con mis deberes de funcionario público”, fue su respuesta de cabecera, al punto que la reiteración de este argumento agotó la paciencia y la resistencia de los funcionarios judiciales que a medida que anticipaban cuál sería la postura del imputado fueron desechando gran parte de las preguntas, por lo que la indagatoria concluyó antes de lo esperado y Juárez pudo tomar su avión de regreso a casa sin problemas. Hasta tuvo tiempo de detenerse en los pasillos externos al despacho del juez para saludar afectuosamente Rapazzo con un fuerte apretón de manos y una palmada en la espalda. En esas circunstancias, Juárez le dirigió una sonrisa al ex ministro pero este prefirió mantener un gesto serio, tal como lo había hecho públicamente desde ocurrida la tragedia ferroviaria.

“Niego rotundamente todos los cargos en mi contra por considerar que son falsos por la sencilla razón de que el ministerio a mi cargo no era la autoridad que debía asegurarse del estado de los trenes. De eso debía encargarse la empresa contratada para tales fines”, indicó el acusado en referencia a Trenes XXI y aclaró que la CRT dependiente de su cartera sólo se encargaba de fiscalizar y en caso de detectar irregularidades aplicar las multas o prohibiciones correspondientes pero “sin poder de Policía”, a raíz de lo cual, por

más sanciones que impusiese a la concesionaria, ésta era, en definitiva, la única capacitada para retirar de circulación el material rodante defectuoso. “No existe Estado en el mundo con los recursos humanos suficientes para poder inspeccionar cada uno de los vehículos del transporte terrestre, ferroviario y automotor. Por eso se recurre a la contratación de compañías privadas especializadas en la materia”, indicó el ex ministro.

Para Rapazzo, “ninguna de las decisiones ni acciones” suyas “causó la tragedia” y desde su función hizo “todo lo posible” para prevenirla. “Junto a mi equipo hemos llevado a cabo un inmenso esfuerzo por revertir una situación defectuosa con la adquisición de material rodante de última generación”, afirmó.

“A mí me preocupa que no se indague con mayor profundidad sobre el estado del maquinista y no lo digo porque lo hago responsable o pretendo echarle toda la culpa, sino para encontrar una solución a futuro, para que no se vuelva a repetir nunca más un episodio de estas características”, sostuvo. “¿Por qué todavía no se citó a declarar a los familiares de Cortés?”, se preguntó el acusado.

“El informe que me elevó la CRT después de hecho fue contundente: la formación entró al andén a mayor velocidad, el ‘hombre muerto’ fue desconectado voluntariamente, por lo que la imprudencia y negligencia humana fueron la causa de lo sucedido”, sentenció.

Darío leía en la pantalla de su *smartphone* los puntos salientes de las mencionadas indagatorias reproducidos en los diarios *online* más importantes a nivel nacional. El arquitecto había adoptado el hábito de recorrer las principales páginas web de noticias desde la amplia repercusión que tuvo el caso de la constructora para la que trabajaba aunque últimamente se asemejaba más a un ex empleado ya que casi nunca pisaba la oficina debido al tiempo que pasaba junto a los padres de Ariel, tanto en el hospital como

en el domicilio particular de ellos. Así, gran parte del trabajo lo solucionaba por vía Internet, ya sea desde su *laptop* en su casa o su teléfono móvil si andaba de aquí para allá, mientras que su mente seguía enfocada en las secuelas de la tragedia ferroviaria y el avance de esa causa judicial.

Sentado enfrente suyo, al otro lado de la mesa, se encontraba Hernán, de espaldas a la puerta de entrada del bar ubicado en la esquina del Hospital Ciudad, el cual contaba con *Wi Fi* gratis, como la gran mayoría de los lugares públicos cerrados, a lo que en este caso se sumaba el beneficio de no requerir de una contraseña para acceder al servicio.

Entre los dos viejos amigos reinaba un silencio sepulcral y no era para menos dado que los padres de Ariel acababan de tomar la decisión de “desconectar” a su hijo ya que los médicos insistían en que había un 99,9% de posibilidades de que el paciente nunca despertase del coma en el que se encontraba desde hacía meses. Tanto Darío como Hernán, al igual que Milena y Melina, habían acompañado a Don Arturo y a Doña Helena en el momento de comunicar su resolución a los facultativos y si bien cada uno había pronunciado en voz alta su propio voto, la última palabra la tuvieron mamá y papá, quienes, además, definieron que cremarían los restos de su hijo tras la donación de órganos que éste había decidido por su cuenta hacía muchos años.

Mientras Darío y Hernán tomaban un café en el bar, en el hospital había comenzado una tortuosa despedida de Ariel, durante la cual, sus afectos se hicieron presentes y se expresaron con breves discursos, algunos preparados de antemano y otros más improvisados, o con una carta manuscrita ya que era sabido que Ariel amaba la lectura y los libros. También dejaron flores tratando de embellecer la habitación como si fuese una sala velatoria repleta de coronas.

-La decisión ya está tomada. No hay nada que podamos hacer -dijo Hernán tras apoyar el pocillo vacío sobre la mesa mientras que el arquitecto ni se inmutó y siguió con la vista clavada en su celular.

-Che -Hernán chasqueó sus dedos a la altura de la nariz de su amigo-, ¿vas a quedarte ahí sentado, callado, como si yo no estuviese acá?

-Es que estaba concentrado leyendo lo que dijeron estos hijos de puta del Ministerio de Transporte y de la empresa concesionaria de los trenes. Disculpame.

-Ok -indicó Hernán. Éste me va a hacer lo mismo que a Mariana: primero deja de atenderte el teléfono y después de hablarte hasta que más tarde llega el punto en que cuando lo ves en persona, cara a cara, actúa como si nunca te hubiera conocido, se dijo el amigo o ¿ex amigo? del arquitecto que sabía perfectamente que aquel aun no le perdonaba que no le había contado sobre el *affair* de Ariel y Melina. Seguro que cree que guardé el secreto a propósito tomando partida por Ari, evaluó-. ¿En qué pensás?

-En lo mismo que vos, probablemente -Darío al fin levantó la vista y miró a Hernán.

-Me refería a algo aparte de lo de Ari, que es lo obvio.

-No sé que es lo que querés que te diga.

-Algo tuyo. En qué andás, por ejemplo. Porque últimamente pasás prácticamente todo el tiempo solo, nadie sabe nada de vos. Ni Mariana, ni Melina, ni Milena, ni yo. ¿Qué te pasa? No podés seguir enojado porque lo único que lográs es castigarte a vos mismo.

-Yo no estoy castigando a nadie. Y si estoy enojado es por toda esta tragedia de mierda, no con alguien en particular.

-Si vos lo decís...+

-Es así, Hernán -Darío dejó su celular sobre la mesa y cruzó ambas manos sobre la misma-. Y si estoy algo apartado es porque necesito mi espacio y mis tiempos para pensar en lo que viene.

-¿Y qué es lo que viene?

-Cosas.

-¿Qué cosas?

-...

-Dale, che, contame.

¿Realmente querés saberlo?

-Claro.

-Bueno, ahí va: tomé la decisión de irme del país y me estoy preparando para hacerlo lo antes posible. Quizás por eso es que me alejé de todos, como si ya quisiera acostumbrarme a la idea de estar solo.

Hernán miró a su amigo con asombro porque si bien siempre supo que el arquitecto era un fanático de viajar al exterior y un ferviente admirador del Primer Mundo, al mismo tiempo sabía perfectamente el tremendo esfuerzo que aquel había hecho en su país para hacerse un lugar reconocido en su profesión y tener su propia casa, por entonces un lujo para muy pocos.

-No me mires así, porque más de una vez hemos hablado de esto.

-Sí, ya sé, pero éramos jóvenes y divagábamos. Esto va en serio.

-Muy en serio.

-Me acuerdo cuando después de unas vacaciones en La Paloma y La Pedrera hablábamos del exilio uruguayo, ¿te acordás?

-De hecho, Uruguay fue la primera opción que analicé, por ese estilo de vida parecido al nuestro pero mucho más cansino. También por sus playas, el fútbol, la garra charrúa... Pero a mí siempre me sedujo Europa.

-Es cierto -Hernán asintió con la cabeza y apoyó su cachete sobre la palma de una mano. Después viró la mirada hacia la ventana y a través de la cual observó pasar volando un ramillete de hojas de paraíso, reseca y amarillentas-. ¿Y Estados Unidos? Digo, para que puedas aprovechar tu buen nivel de inglés.

-¡Ni en pedo!

-También tenés Australia. Dicen que Sidney y Melbourne son dos de las mejores ciudades del planeta en calidad de vida.

-Pero eso queda en la otra punta del mundo.

-Tenés razón.

-Igual te aclaro que ya elegí un lugar.

-¿Ah, sí?

-Sí, sí. De hecho, hace un tiempo que empecé a estudiar el idioma desde cero...

-Ya sé. No hace falta ni que lo digas. Es tu ciudad preferida, ¿no?

-No podía ser otra -Darío sonrió aunque sin poder despejar de su rostro la profunda tristeza que lo había invadido ese día y que iba a marcar un antes y un después en su vida, y se volvió hacia el mostrador, buscando al mozo para pedirle otro cortado.

Al cabo de unos segundos, el arquitecto hizo contacto visual con el mesero y, mediante la clásica seña con los dedos índice y pulgar en forma de “C” invertida, ordenó su bebida-. ¿Vos querés algo más?

-La verdad es que prefiero un trago.

-No es mala idea. Tal vez después te acompañe.

En ese momento sonó un celular. No era el de Darío sino el de Hernán, que lo llevaba guardado en uno de los bolsillos de su pantalón de jean. Entonces se puso de pie, extrajo el aparato y se fue a hablar a la vereda para tener mejor señal: su mujer lo estaba llamando porque se acababa de enterar a través de Melina de que iban a “desconectar” a Ariel y quería saber si él seguía en el hospital porque también pretendía despedirse pero su problema era que no se animaba a hacerlo sola. “No te preocupes. Venite y yo te acompaño”, le dijo Hernán y tras cortar la comunicación regresó, con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón, a la mesa del bar donde Darío seguía absorto en sus pensamientos al extremo que ni le preguntó con quien acababa de hablar.

-¿Y de qué vas a vivir allá? -retomó Hernán mientras el arquitecto bebía del nuevo cortado que el mozo le había acercado durante su breve ausencia- ¿Podés conseguir trabajo de lo tuyo?

-No sé, pero voy a vender la camioneta y también la casa, más los ahorros que junté, calculo que tendré suficiente plata para arreglármelas por un tiempo hasta que encuentre un trabajo.

-¿Y por qué no alquilás la casa en vez de venderla? Así tenés un lugar para cuando vuelvas.

-Lo pensé. De hecho, alquilar es más fácil y rápido que vender, sobre todo porque no tengo terminados los trámites de la escritura.

-Con más razón, entonces.

-Lo que pasa es que yo no pienso en volver a vivir acá una vez que me vaya. Si vuelvo va a ser de visita nomás y para eso tendré disponible la casa de mi mamá.

-¿Por qué decís que no vas a volver a vivir acá nunca más?

-Porque durante cuarenta años di todo lo que tenía a este país y ya no me queda nada más que aportar, ¿entendés? Es una relación agotada, terminada...

-No creo que sea así. Admito que el vínculo puede estar roto pero no terminado.

-Terminado o roto, para el caso es lo mismo.

-No, señor. Lo que se rompe muchas veces se puede arreglar.

-Pero no esto. Además, por algo dije `terminado` en primer lugar.

-Vos hablás así porque estás mal por todo lo que te pasó últimamente con Melina, tu papá y Ariel.

-¿Y te parece poco todo eso como para no sentirse mal?

-No digo eso. Digo que te estás dejando llevar por tu estado de ánimo en vez de pensar con claridad lo que querés hacer de tu futuro. No veo que estés usando la cabeza.

-¿Ah, sí?

-Sí. ¿Te fijaste, por ejemplo, en que cuando te vayas a vivir afuera vas a estar solo allá?

-Al principio será así, pero después iré conociendo gente nueva.

-¿Y tus afectos?

-Mirá Herni, cada vez estoy más convencido de que los afectos están sobrevaluados, que la mayoría de la gente que depende demasiado de ellos es porque tiene muchas inseguridades, dudas y debilidades propias que busca compartir para dividir la angustia.

-No podés ver todo tan mal. Hay cosas mucho peores. Fijate lo que le pasó Ariel.

-Yo sé que podría estar peor y que hay mucha gente que lo está, de verdad, pero si yo puedo elegir estar mejor, ¿por qué no puedo hacerlo?

-¡Sí que podés hacerlo! ¿Quién está diciendo lo contrario? Lo que estoy tratando de decirte es que lo hagas por los motivos correctos, no por calentura. Además, ¡¿cómo vas a decir que los afectos no valen?!

-Primero, no dije que no tuvieran valor. Segundo, no te lo tomes personal. Lo que yo creo es que todas las personas tienen los recursos y la capacidad para poder vivir por su cuenta, aunque casi todos prefieran estar acompañados y depender de otro.

-¿Y eso que tiene de malo?

-No lo sé. Sí sé que me molesta la gente que dice 'si me quedo solo me muero' o 'si me dejás me mato'. Porque no tiene que ser así.

-No necesariamente. Pero por algo será que la gran mayoría de la gente prefiere vivir acompañada.

-Mirá, las preguntas son simples y las respuestas también: ¿es mejor vivir acompañado? Probablemente. ¿Se puede vivir solo? Claro que sí. ¿Está mal vivir solo? De ninguna manera.

-Yo creo que si te vas así te vas a arrepentir. Te conozco.

-Herni, si hay alguien en este mundo que me conoce mejor que todos, ése soy justamente yo. Y yo, hoy por hoy, estoy convencido de que es lo que quiero hacer para estar mejor, para cambiar, para hacer otra cosa de mi vida.

-Te vas a arrepentir...

-El tiempo dirá quién tiene razón. Y si me arrepiento te aseguro que yo seré el único responsable y no le echaré la culpa a nadie.

Las palabras de Darío fueron tan contundentes como una maza hundiéndose en el pecho de Hernán, quien bajó los brazos definitivamente, cansado y superado por la situación. Ya fue, si se quiere ir que se vaya, se dijo.

“¡Cómo cambió el barrio en el último tiempo!”, exclamó Darío cuando regresaba a su casa tras una jornada en el hospital que su cuerpo la sentía como eterna. Las vías muertas, la estación vacía y el parque descuidado por la presencia de maquinarias pesadas que destruían la poca flora que sobrevivía al cambio de temporada le daban la razón al arquitecto que, al mismo tiempo, no podía evitar pensar cuál sería el lugar más apropiado para esparcir las cenizas de su mejor amigo, aunque los padres de Ariel no estaban convencidos de hacer eso o de conservarlas en una urna que quedaría depositada en la habitación de su hogar natal en Trevithick.

Desde su camioneta percibió otra vez un mutismo fúnebre, pero a diferencia de lo ocurrido horas antes en el bar en el que había estado junto a Hernán, esta vez provenía de un extenso cementerio de durmientes que soñaban con volver a despertar, si es que eso era posible. Observó una vez más los altos pilotes de hormigón que sostenían el tendido eléctrico y pensó que bien podrían ser agujas gigantes que tiraban del hilo que procuraba suturar una herida abierta, sin cura aparente.

Los tres meses que inicialmente había fijado el ex ministro Rapazzo como plazo para terminar la electrificación de la línea Sur se habían convertido en casi el doble ya que el nuevo gobierno había tenido que priorizar otros problemas dejados sin resolver por la gestión anterior en una especie de campo minado. En contrarreloj, los funcionarios actuales procuraban desactivar esos explosivos pero esto no parecía alterar la paciencia de los resignados usuarios del tren ya que los micros que habían sido dispuestos para reemplazarlo seguían funcionando bastante bien.

Claro que estas unidades podían transportar muchos menos pasajeros, por lo que los micros que conectaban el conurbano con Capital se vieron desbordados, a raíz de lo cual, se

repetieron escenas con colectivos repletos de personas que viajaban en pésimas condiciones, incluso fuera de los horarios pico.

En realidad, los trastornos en este ámbito se basaban en varias cuestiones: la falta de coches o de choferes (en un semestre llegó a haber hasta 150 conductores con carpeta médica en la línea que hacía el mismo recorrido que el tren del Sur), la impuntualidad en las salidas y llegadas de los viajes, y también la falta de respeto por el espacio público expresada por una cantidad cada vez mayor de usuarios a través de ciertas conductas específicas que iban en contra de las normas básicas de convivencia y hasta del sentido común. Por ejemplo, podía ser entendible, aunque nunca aceptable, que un pasajero se sentase en el piso del colectivo o en la escalinata de la puerta trasera si ya no había más asientos disponibles y todavía quedaba espacio dentro de la unidad para viajar parado, pero no había forma de justificarlo en momentos en que el micro se encontraba repleto, con la gente toda apretada y donde cada centímetro cuadrado valía oro. ¿O no resultaba obvio que una persona sentada ocupaba más superficie que un pasajero de pie?

“Esto, así, no va más. No se aguanta”, se dijo el arquitecto mientras ingresaba a su casa solitaria y oscura ya que le habían cortado nuevamente el suministro de energía eléctrica por problemas de baja tensión en la fase, lo que, a su vez, le ocasionaba escasez de provisión de agua ya que sin esa energía no podía funcionar la cisterna que bombeaba desde la red hasta el tanque.

Casi cinco años después...

El Tribunal Oral Federal (TOF) 1 de la Capital dictó 20 condenas y siete absoluciones por la tragedia ferroviaria en la Terminal II. Para entonces, los hermanos

Cirilo ya habían recuperado la libertad dado que se habían vencido los plazos de la prisión preventiva sin sentencia firme.

En un fallo unánime, Sebastián Cirilo fue condenado a nueve años de prisión como “coautor” penalmente responsable del delito de administración fraudulenta en perjuicio de la administración pública, en concurso real con el delito de estrago culposo agravado por el resultado muerte de 50 personas y lesiones a 780.

El ex ministro Rapazzo recibió una pena de ocho años de cárcel y una inhabilitación especial perpetua para ejercer cargos públicos tras ser considerado “partícipe necesario” del delito de administración fraudulenta en perjuicio de la administración pública, en concurso real con el delito de estrago culposo agravado.

Mientras que Raúl Cirilo fue considerado “partícipe secundario” de los mismos delitos que su hermano Sebastián y recibió una pena de cinco años de prisión, en tanto que a Juárez se le aplicó el mismo monto de encarcelamiento pero sólo por administración fraudulenta en perjuicio de la administración pública.

Por su parte, el *motorman* Cortés fue condenado a tres años y medio de prisión y siete de inhabilitación para conducir formaciones ferroviarias por resultar “autor” de estrago culposo agravado y lesiones, al tiempo que el contador Rizzo terminó siendo uno de los absueltos.

Y si bien sólo la pena para el maquinista era en suspenso, ninguno de los otros condenados fue a prisión apenas se conoció la sentencia ya que el tribunal dispuso que las detenciones se hicieran efectivas recién cuando su fallo fuese confirmado en segunda instancia, decisión que molestó a los familiares de las víctimas ya que ese proceso judicial podía durar años y en ese período los condenados tendrían la oportunidad de fugarse.

Una de las ventajas de vivir en una ciudad que no tiene un único centro es que todo parece quedarnos cerca. Por eso, caminé unas cuatro cuadras desde mi casa, en la zona de *Samariterkiez*, hasta la estación del U5 más próxima, situada bajo *Frankfurter Alle*, donde se levantan los edificios que más admiro a ambos lados de esa ancha avenida. Habitualmente prefiero pasear a pie o en bus para poder apreciar mejor el paisaje, ver el cuadro completo, pero en esta ocasión me sentía demasiado cansado para hacerlo, así que decidí utilizar el subterráneo a bordo del cual recorrí tres paradas hacia el oeste hasta *Karl Marx Alle*, la continuación de *Frankfurter*, y al retornar a la superficie reanudé la caminata unos 700 metros hasta *Platz der Vereinten Nationen*. De esta manera me ahorré de caminar poco más de la mitad del recorrido que solía hacer en otras oportunidades, acompañado por la estridencia veraniega ahora ausente y reemplazada por una naturaleza que lentamente comenzaba a mostrar los primeros signos de recogimiento.

El clima cálido se había retirado y llevado consigo los *Biergärten*, los cines al aire libre y los chapuzones en el lago; sin embargo, los bosques del *Volkspark Friedrichshain* seguían viéndose hermosamente frondosos y siempre celosamente custodiados desde lo alto por los dos ex búnker desde los que se tenía una estratégica vista de toda la urbe que abrazaba aquel verde intenso con sus propios tonos opacos que me resultaban increíblemente *sexies*, sin tanta tristeza y melancolía como en mi lejana tierra natal. Acá el gris reluce y cobra un valor especial, no se convierte en esa ambigüedad indefinida e imprecisa como la que suelen describir aquellos que se inclinan por el negro o el blanco.

Recorría uno de los paseos del parque cuando, de repente, me topé con mi mejor amigo, quien había aparecido de la nada misma, como en un acto de magia. No lo veía hacía muchos años y a diferencia de lo que ocurría conmigo, él se veía exactamente igual que la última vez que habíamos estado cara a cara, justo antes de la tragedia ferroviaria,

excepto que en esta ocasión llevaba unos libros bajo el brazo, por cuyos lomos alcancé a advertir que eran textos en español.

Me sorprendió su presencia allí, en el parque, pero debo admitir que no tanto, quizás porque de alguna extraña manera, o por esos misteriosos poderes del subconsciente, lo había estado esperando todo este tiempo. Apenas me vio, él empezó a acercarse hacia mi posición. Yo permanecí en el lugar, comencé a sudar y me saqué el sombrero. Luego pasé mi mano por mi cabeza perfectamente afeitada al ras esa misma mañana y percibí la humedad tibia del cuero cabelludo. Entonces intuí que la temperatura era más alta de la que yo había estimado antes de salir de casa. Claro que si hubiera consultado el infalible pronóstico del servicio meteorológico local habría tenido una certeza prácticamente absoluta al respecto.

Miré por un momento hacia el cielo y el brillo del sol hizo que cerrara mis ojos con tanta fuerza que sentí como se me marcaban los pliegues de la piel de mi frente ancha y tostada.

-Qué hermoso lugar –me dijo una vez que estuvo parado frente a mí, a escasos centímetros de distancia y observando a su alrededor con su rostro fantasmagórico, en penumbras, como si no estuviese a cielo abierto.

-Es fantástico –asentí-. Casi perfecto, podría asegurar.

-Ahora entiendo porque te enamoraste de esta ciudad.

-Desde la primera vez que puse un pie en ella.

-¿Por qué?

-Porque acá se vive de una forma a la que nosotros no estamos acostumbrados.

-Todo funciona correctamente, ¿no?

-No sé si todo pero, al menos, lo básico y elemental, lo que te permite llevar adelante una vida normal.

-Ya veo. De esto se trata la calidad de vida, ¿cierto?

-Exactamente. Y vos, ¿qué hacés acá?

-Vine a preguntarte si después de tantos años pudiste perdonarme.

Permanecí callado y meneé la cabeza con una sonrisa nerviosa. Mi amigo no sabía si me respuesta era un 'no' o si me estaba negando a responder.

Hay silencios insalubres, como en este caso. Y justo pasa aquí, ahora y a mí, que siempre pensé todo lo contrario, que había que hablar de todo porque hablando se entiende la gente.

-Veo que seguís resentido... Y no sólo conmigo.

-¿A quién te referís?

-¿Y de que otra persona puedo estar hablando? –me miró a los ojos y estiró ambos brazos hacia mí-. Tu papá se murió y no fuiste a su entierro.

-Mejor dejemos a mi padre fuera de esta charla, ¿sí? Además, nunca hubiese llegado a tiempo estando acá. Si hubiera viajado, él seguiría muerto y enterrado, ¿o no?

-¿Ni siquiera hubieras querido verlo por una última vez y despedirte?

-Es que yo ya me había despedido de él.

-¿Ah, sí? ¿Cuándo? ¿En el aeropuerto?

-No, mucho antes. Cuando lo perdí.

-Vos no lo perdiste en aquel entonces.

-Es que no siempre un ser querido tiene que morir para que uno sienta su pérdida – bajé la mirada al suelo por unos instantes-. Con mi padre pasó exactamente eso y todavía estoy de duelo.

-Creo que ahora empiezo a entender...

No, no me entiende ni lo entenderá nunca. Del mismo modo que yo jamás voy a entender por qué, siendo mi mejor amigo, me hizo lo que hizo.

-Ok. Saquemos a tu papá de la conversación –retomó él ante mi marcado silencio-.
¿Y el resto de tu familia? ¿Tus amigos?

-No creo que seas el más indicado para hablar del valor de la amistad... Al menos conmigo.

-Parece que todo sigue igual, eh. Una justificación tras otra. Palabras, palabras y más palabras. Y todas suenan a excusas. Y yo que pensaba que una estadía considerablemente prolongada aquí iba a hacer una diferencia... -abrió sus dos brazos y los levantó a la altura de los hombros, con las palmas hacia arriba, como un Cristo redentor.

El maldito tenía razón, como en tantas otras oportunidades en la historia de nuestra larga amistad.

-Es que nosotros venimos de una tierra llena de rencores y que la llevamos en la sangre a todos lados. Por eso no importa donde vivamos -dije al cabo de unos segundos de meditación.

-Hablás como si se tratara de una condena.

-Y lo es. Nacimos, nos criaron y crecimos con personas atormentadas y pesimistas, que se pasa la mayor parte del tiempo protestando y haciéndose problema por cada detalle de su rutina, descontenta con todo, hasta de sí misma.

-O sea que nunca vamos a cambiar. ¿Ni siquiera con el paso del tiempo o estando en un sitio tan hermoso como este, en una sociedad prácticamente perfecta?

-Lamentablemente no, mi amigo. Lo siento.

-Yo también. Y no sabés cuánto –afirmó mi viejo amigo y así como había aparecido desapareció del mismo modo, sin dejar rastros.

Después de esta abrupta partida permanecí confundido durante unos instantes hasta que me di cuenta que luego de muchísimo tiempo (no recuerdo cuánto y me resultaría imposible arrojar una cifra estimada a esta altura de mi vida) había transcurrido casi todo un día sin que me persiguiera el deseo de pegarme un tiro en la cabeza, sentimiento que me abordaba cada vez que me levantaba de la cama e iniciaba una nueva jornada o ante el primer inconveniente que deparaba enfrentar la realidad del mundo que me rodeaba. Yo, en realidad, odiaba las armas, siempre lo hice y por eso nunca siquiera me animé a tocar una, pero esa opción me parecía la más rápida e indolora, aunque bastante sucia y violenta.

Retomé la caminata, esta vez en dirección a las sombras por uno de los senderos que se adentraban en la espesura del parque, adonde los tenues rayos solares no alcanzaban a penetrar, y a los pocos pasos entendí que la excepcional ausencia de mis instintos suicidas podía deberse a que ya había expulsado gran parte de la basura que llevaba dentro mío, esos desechos duros con los que cargaba como si fuesen un yunque anudado a mi cuello, los mismos residuos que había acumulado en más de cuarenta años de vida... En ese momento no sentí más bronca ni enojo. Al fin estaba en paz. Pero, ¿cuánto podía durar así? Mi intuición me decía que era altamente probable que esta situación fuese breve, casi efímera.

Me resigné. Si fuese un hombre de fe en alguna religión me pondría a rezar de rodillas a pesar de que la mía es una causa absolutamente perdida. Así que me pregunto, ¿será hoy el día en que finalmente se concretan mis más oscuros impulsos? Y si no lo es, espero que sea lo antes posible porque ya estoy listo y preparado.

Buenos Aires, enero 2016.